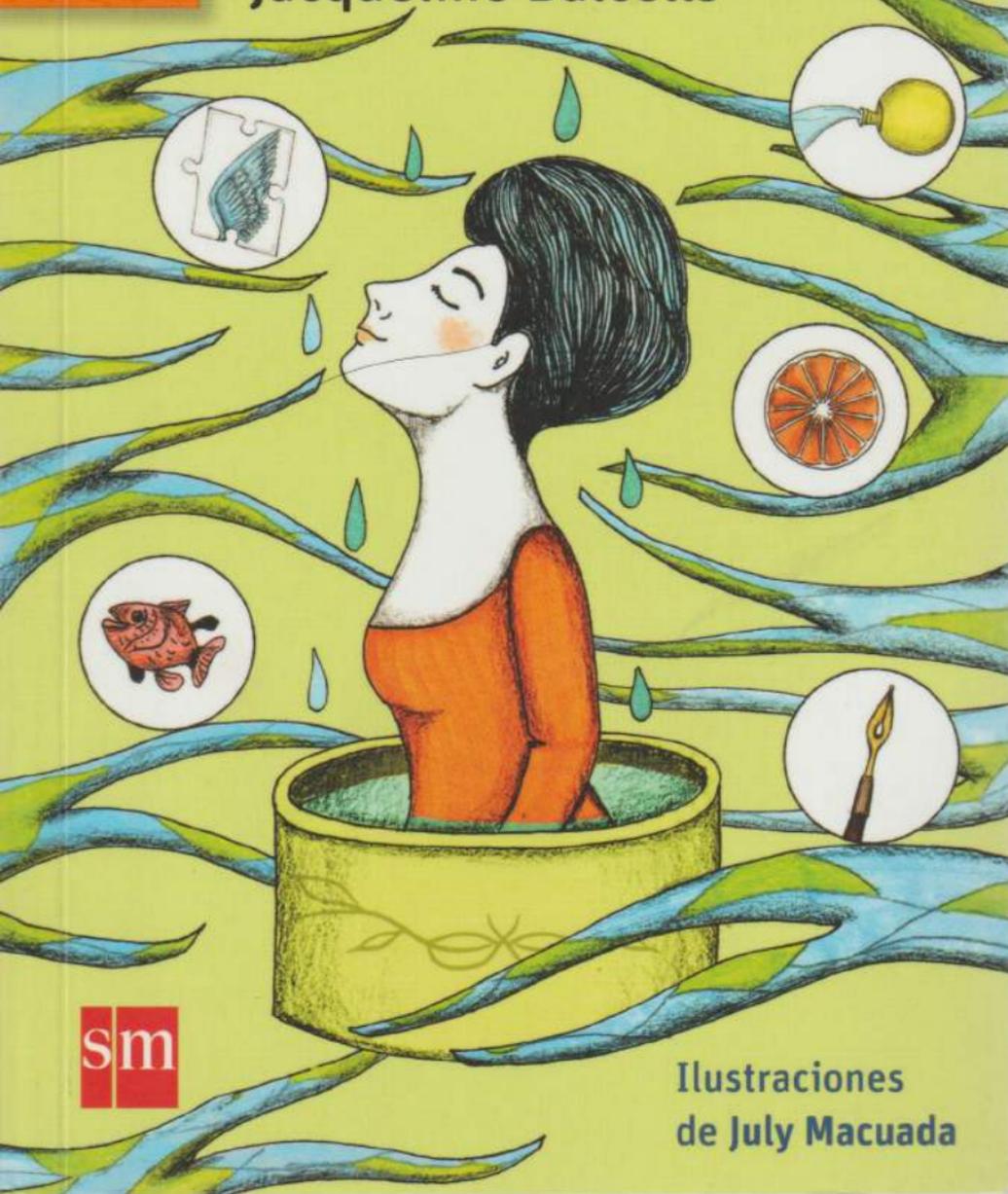




EL BARCO  
DE VAPOR

# La pasa encantada

Jacqueline Balcells



sm

Ilustraciones  
de July Macuada



EL BARCO  
DE VAPOR

# La pasa encantada

Jacqueline Balcells

Ilustraciones de  
July Macuada



*La pasa encantada*

Ilustraciones: July Macuada

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz

Edición: Paula Peña

Dirección de Arte: Carmen Gloria Robles

Diagramación: Patricia López

Producción: Andrea Carrasco

Primera edición: mayo de 2015

© Jacqueline Balcells

© Ediciones SM Chile S. A.

Coyancura 2283, oficina 203,  
Providencia, Santiago de Chile

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 381 13 12

[www.ediciones-sm.cl](http://www.ediciones-sm.cl)

[chile@ediciones-sm.cl](mailto:chile@ediciones-sm.cl)

Registro de propiedad intelectual: 252.846

Registro de edición: 252.849

ISBN: 978-956-349-858-5

Impresión: Quadgraphics Chile S. A.

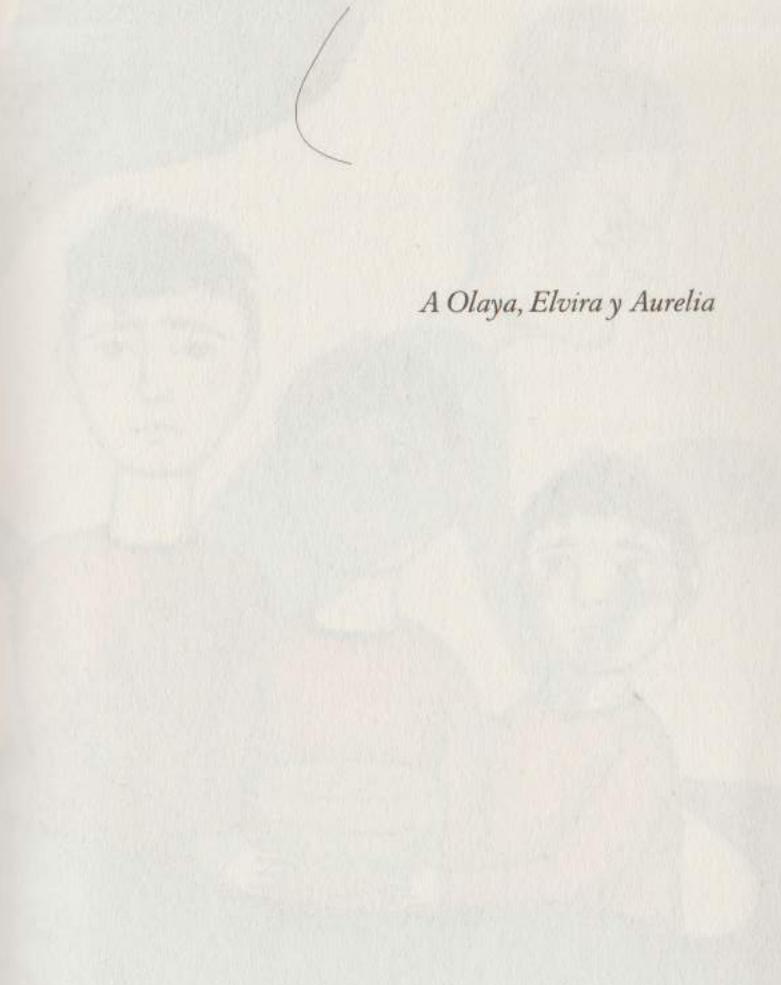
Avenida Gladys Marín Millie 6920, Estación Central

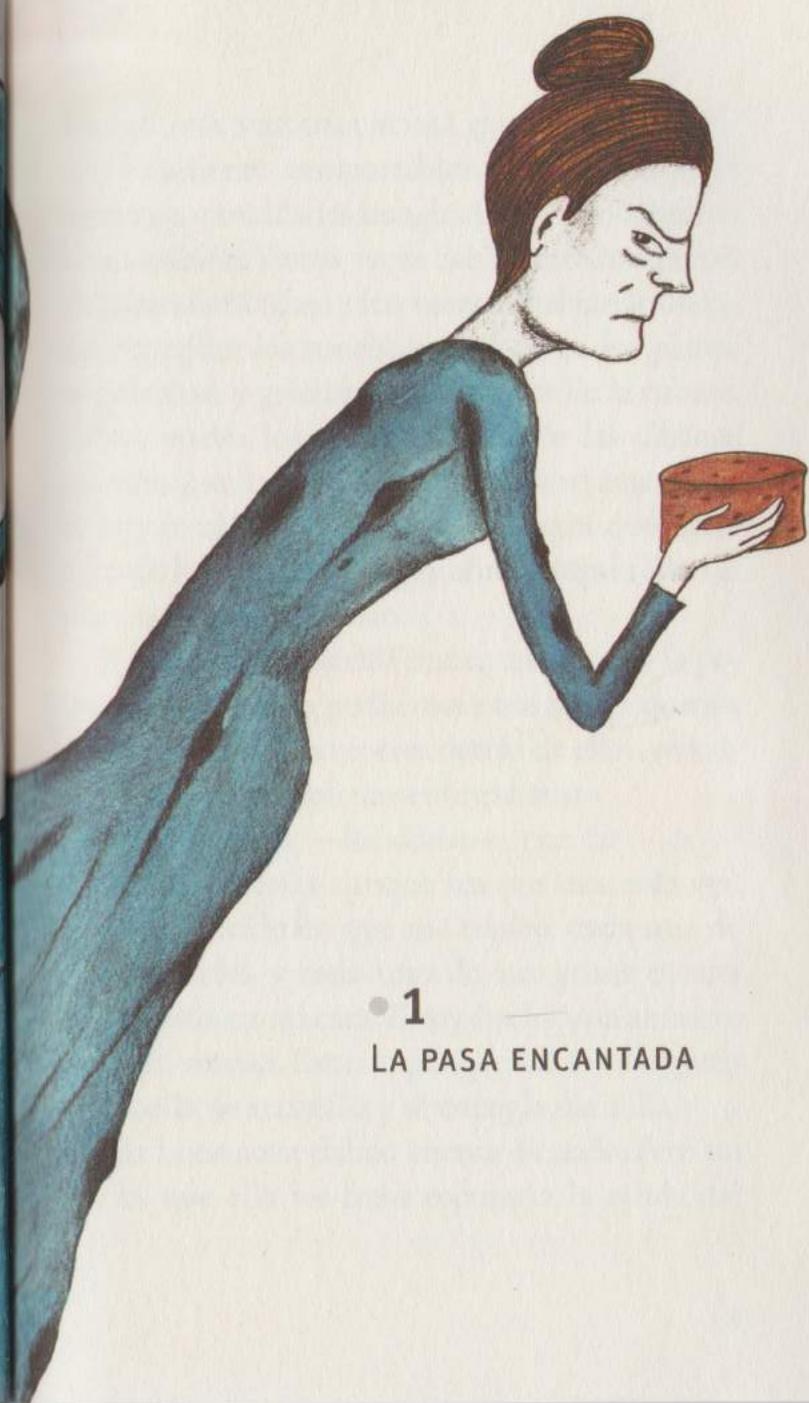
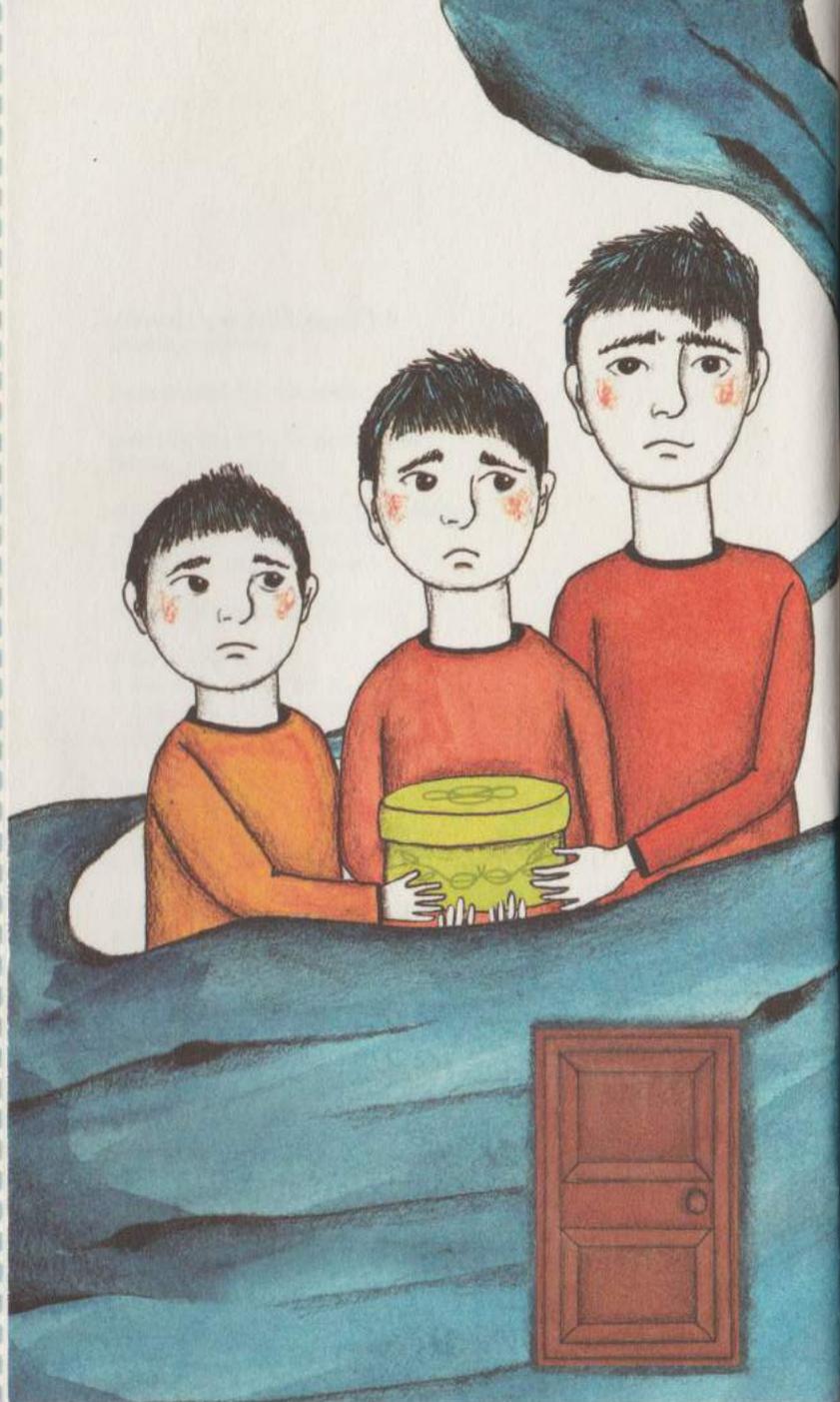
Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

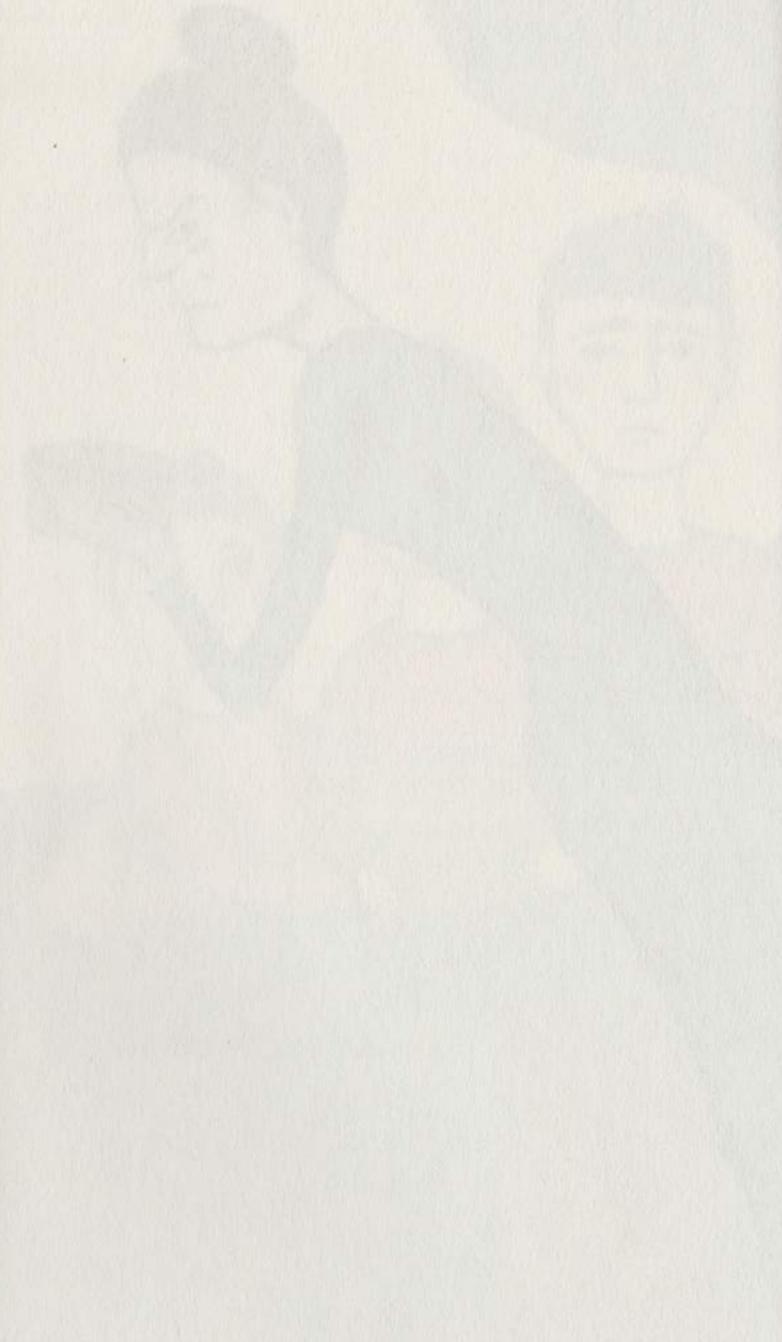
166715

*A Olaya, Elvira y Aurelia*





• 1  
LA PASA ENCANTADA



HABÍA UNA VEZ UNA MAMÁ que tenía tres hijos absolutamente insoportables. Hacían todas las tonterías y maldades imaginables y las impensables también. Varias veces habían estado a punto de incendiar la casa, cien veces la habían inundado. Rompían los muebles, quebraban los platos, se peleaban y gritaban como malos de la cabeza, daban vuelta los tinteros arriba de las sábanas blancas y se columpiaban en las cortinas como si fueran monos en la jungla. Y para qué decir cuando los echaban a jugar afuera: sembraban el pánico en todo el barrio.

El papá no estaba casi nunca en la casa y la pobre madre no se la podía con estos tres pequeños demonios. De tanto correr detrás de ellos, terminaba los días completamente exhausta.

—Hijos míos —les decía—, por favor dejen de hacer tonterías aunque sea por una sola vez. Miren el estado en que me tienen: cada una de sus maldades y cada uno de sus gritos es una arruga más en mi cara. Estoy hecha una anciana.

Y era verdad. Esta mujer, que había sido grande y bella, se arrugaba y se encogía día a día.

Sus hijos no se daban cuenta de nada. Pero un día en que ella los fue a esperar a la salida del

colegio, sus compañeros, asombrados al verla, les preguntaron:

—¿Por qué ahora viene a buscarlos la abuelita?

Por un instante los niños se sintieron mal: no les hacía ninguna gracia que su mamá fuera confundida con la abuelita... Pero no pensaron mucho tiempo en ello, ¡tenían tantas cosas que hacer!

Y la pobre señora continuó arrugándose y encogiéndose a una velocidad increíble. Llegó un momento en que ya casi no podía caminar: sus piernas se habían convertido en unos palitos tan delgados que parecían dos tallitos de cereza y su espalda estaba tan encorvada que apenas veía hacia adelante. No por ello sus tres hijos dejaron de inventar cosas cada vez más espantosas.

—¡Desplumemos los almohadones!

—¡Arranquémosle los pelos al perro!

—¡Cortémosle las orejas al gato!

—¡Hagamos un hoyo en el pasto para que se caiga en él el jardinero!

La madre, ahora, se había achicado tanto que de pie no llegaba a la altura de la rodilla del menor de sus hijos. Y suspiraba:

—Hijos míos, ¡basta! Miren mi tamaño, miren mis arrugas... Si esto continúa, me encogeré

tanto que ya no podrán verme siquiera.

Pero ella nunca pensó que lo que decía se iba a cumplir. Un día, después de cenar, se arrastró muy cansada hasta su pieza. Se puso la camisa de dormir, en la que ahora cabía cien veces. Trepó luego hasta su cama y enrollándose como una bolita, se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, al despertarse, los tres niños hicieron lo de costumbre.

Saltaron como unos demonios sobre sus camas y comenzaron a gritar:

—¡Mamáaaaaa, tráenos el desayunooooo...!

No hubo respuesta.

Gritaron más fuerte, sin ningún éxito. Volvieron, entonces, a aullar, una vez, dos veces, diez veces, treinta veces.

Al grito número cincuenta y uno, con las gargantas ya adoloridas, decidieron ir hasta la pieza de la mamá.

Encontraron su cama deshecha, pero ella no estaba en ninguna parte.

Los niños se dieron cuenta de que algo raro sucedía. De pronto, el más chico se inclinó sobre la almohada y dio un alarido.

—¿Qué te pasa? —le preguntaron sus hermanos.

—¡Miren..., miren..., ahí..., ahí...!

Entre los pliegues de la camisa de dormir de la madre había una bolita oscura. Era una pasa.

Los niños se asustaron. Llamaron cada vez más fuerte: ¡Mamáaa, mamáaaa...!

No hubo más respuesta que las otras veces, pero el mayor se percató entonces de que, a cada llamado, la pasa en la almohada se movía levemente. Se quedaron mudos, mirándola: la pasa se quedó quieta. Gritaron “¡mamá!”, la pasa se meneó un poquito.

Entonces se acordaron de las palabras de su mamá: “Si esto sigue, me encogeré tanto que al final no podrán verme...”.

Y, horrorizados, se dieron cuenta de que esa pasa que se movía cuando ellos gritaban “¡mamá!” era todo lo que quedaba de su madre, que así trataba de hacerse reconocer por ellos.

¡Cómo lloraron y se lamentaron!

—¡Pobres de nosotros! ¿Qué vamos a hacer ahora con una mamá convertida en pasa? ¿Y qué va a decir el papá cuando llegue y la vea?

El padre había salido en viaje de negocios por algunas semanas, pero justamente regresaba esa misma noche. Los niños, asustados y sin saber qué hacer, se quedaron esperándolo en el cuarto

durante todo el día. De vez en cuando, para asegurarse, uno u otro se acercaba a la pasa y la llamaba: “¡Mamá!”. La pasa, invariablemente, se movía.

Cuando cayó la tarde, el padre llegó.

Abrió la puerta, dejó su maletín, se sacó el sombrero, el abrigo, y llamó desde el vestíbulo a su mujer:

—¡Ohé!... ¿Estás ahí? ¿No vienes a saludarme? ¿A abrazarme? ¿A servirme un vaso de vino?

En vez de su mujer vio aparecer a sus tres hijos que venían, uno detrás del otro, con la cabeza gacha. El mayor traía una cajita entre sus manos.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no están ya acostados? ¿Y dónde está la mamá?

—Está aquí, en esta caja —contestaron los niños en un tono lúgubre—. Se convirtió en pasa...

El padre montó en cólera:

—¡Saben de memoria que odio las bromas! ¡Vayan inmediatamente a acostarse!

Luego buscó a su mujer por toda la casa. Inútil decir que no la encontró.

Se dijo entonces:

—¡Habrà salido a dar una vuelta!

Pero una hora más tarde, como aún no

aparecía, comenzó a preocuparse de veras.

Se puso su sombrero y salió. Dio una vuelta por el barrio, fue donde los vecinos, donde los parientes, donde los amigos. A todos les preguntaba:

—¿No han visto a mi mujer?

Luego se fue a la policía. Pero ellos tampoco pudieron decirle nada.

Pasó otra noche, otro día y otra noche.

Y a medida que el tiempo transcurría y su mujer continuaba sin aparecer, el padre con mucha pena empezó a preguntarse si ella no se habría muerto.

—¡Seguramente se fue a pasear al borde del lago y se ahogó! ¡Y lo peor es que nunca lo sabré!  
—se lamentaba angustiado.

Pasaron los meses sin ninguna noticia. Finalmente, este hombre, que se sentía muy solo, decidió casarse de nuevo.

—Una nueva esposa me ayudará a cuidar a estos tres salvajes...

Eligió, entonces, a una mujer no tan bonita como la anterior —por no decir horrorosa—, pero que parecía dulce y abnegada. En realidad, fea era su cara como malo su corazón: le hacía creer que adoraba a los niños, mas la verdad era que los detestaba.

El padre no se daba cuenta de nada. Pero los tres niños comprendieron de inmediato que la madrastra era mala y desconfiaron de ella. Además, sabían muy bien que su verdadera mamá seguía viva allí, en esa pequeña caja que guardaban tan celosamente. Estaban seguros de que un día ella dejaría de ser una pasa y volvería a ser la de antes.

A menudo, en la noche, los niños se reunían alrededor de la cajita, la destapaban y llamaban dulcemente:

—Mamá..., mamá...

Y cada vez, la pasa les respondía balanceándose suavemente.

Un día en que el papá estaba de muy buen humor, se animaron a pedirle otra vez que subiera a la pieza de ellos para mostrarle lo que sucedía con la pasa. ¡Quizás comprendería!

Pero el padre no quiso saber nada. Al contrario, se enfureció:

—¡Hasta cuándo van a seguir con esa broma estúpida! Demonios..., si empiezan de nuevo con sus cuentos, les va a ir muy mal... ¡No quiero oír más hablar de esa pasa!

Los niños, asustados, guardaron la cajita.

Mas, ¡oh, desgracia!, la madrastra, que estaba

en ese momento detrás de la puerta, había oído toda la conversación. ¡Y ella sí que les creyó! Hacía ya un buen tiempo que sospechaba de esa cajita que los niños llevaban siempre consigo, cuidándola con tanto afán.

En un comienzo no dijo nada. Pero días después, una tarde en que el padre no estaba en casa, llamó a los niños y les dijo:

—Niños..., voy a hacer un queque con pasas y me falta una sola. Creo que ustedes tienen una. ¡Vayan inmediatamente a buscarla!

La madrastra estaba con una cara terrible y daba vuelta los ojos. Los niños no se atrevieron a protestar. Se fueron a su pieza y allí se preguntaron:

—¿Qué hacemos? ¡No le vamos a dar a nuestra madre para que la meta en el horno!

El mayor decidió: —Subamos al desván. Esconderemos la cajita y le diremos que la hemos perdido.

Lamentablemente para ellos, la mala mujer los había seguido y, una vez más, escuchó su conversación, escondida detrás de la puerta. Entró como una tromba a la pieza y les gritó:

—¡Ni sueñen con engañarme! ¡Denme inmediatamente la pasa, ya tengo encendido el horno...!

El mayor tuvo el tiempo justo para coger la cajita. Gritó a sus hermanos que lo siguieran y se lanzó a toda carrera escaleras arriba. Al pasar, empujó a su madrastra, que cayó al suelo con un tremendo ruido de huesos, ya que era muy flaca.

Los niños subieron al desván, cerraron la puerta y, corriendo un armario contra ella, la tapiaron.

La madrastra, en tanto, se levantó, acomodó adolorida sus huesos y subió a su vez rápidamente hacia el desván.

—¡Abran, truhanes! ¡Ábranme, monstruos! ¡Verán lo que les va a pasar cuando llegue su padre!

Pero los niños, mudos de terror, no se movieron.

Entonces, una furia fría, malvada y tremenda la invadió.

—¿No me quieren abrir? ¡Muy bien! Se quedarán ahí encerrados todo el tiempo que sea necesario. Y cuando estén muertos de hambre... ¡se comerán la pasa! Sacó una llave de su bolsillo y dio tres vueltas a la cerradura de la puerta. Luego se rio tres veces: ¡ja! ¡ja! ¡ja!, con una carcajada estridente y malévol, que no se parecía en nada a las risas musicales que le hacía oír a su marido.

Entrada la noche, este llegó a la casa y preguntó:

—¿Dónde están los niños?

Ella contestó haciéndose la sorprendida:

—Pero vamos... ¿no te acuerdas?, partieron por unos días donde su abuela al campo.

Mentía con tal seguridad que él dijo, distraído:

—Es verdad, se me había olvidado.

Mientras tanto, arriba, en el desván, los tres niños saboreaban el triunfo de haber escapado de la cruel mujer. Mas, pasadas las horas, cansados de estar prisioneros, comenzaron a pensar en una manera de escapar.

La única abertura, aparte de la puerta sellada, era una pequeña claraboya muy difícil de alcanzar, que se encontraba en lo alto del techo, entre las vigas. Pero esta quedaba por lo menos a diez metros del suelo, sobre el jardín.

—No podremos saltar jamás —se dijeron—. Necesitaríamos un paracaídas o un cordel.

Pero en el desván no había nada parecido. De pronto, en medio de sus reflexiones, los tres niños se dieron cuenta, con sorpresa, de que hacía mucho tiempo que no se habían peleado entre ellos, que no habían aullado, que no habían inventado horrores. ¡Portarse bien era posible! Estaban tan contentos con este descubrimiento que se abrazaron y se prometieron seguir así, o en todo caso

hacer lo posible...

Pero ahora urgía encontrar la manera de fugarse. Caía la noche y, junto con ella, sintieron las primeras señas de frío y de hambre. El mayor suspiró:

—¡Si solamente tuviese mi cama y una buena frazada!

—¡Y un gran vaso de leche caliente! —agregó el segundo.

—Y a la mamá tan linda como antes... —murmuró el más chico.

Y sin saber qué hacer, se tendieron en un rincón del suelo, abrazados el uno contra el otro, con la cajita entre ellos. Así permanecieron hasta quedarse dormidos.

Por la mañana, una gran sonajera de tripas los despertó. Estaban hambrientos a más no poder.

—¡Es absolutamente necesario que comamos algo! —se dijeron.

Entonces miraron la cajita.

—¡Ah, no! —habló el mayor—. No nos vamos a comer la pasa... ¡eso nunca!

Y luego, después de reflexionar, continuó en tono grave:

—Hermanos, acuérdense de las historias de exploradores perdidos o de náufragos que se que-

dan sin alimentos. Terminan por comerse cualquier cosa o a no importa quién... ¡Eso no nos puede pasar!

El menor dijo entonces:

—Separémonos de nuestra mamá para estar seguros de que no la vamos a comer.

—¡Sí! —agregó el segundo—, si la tiramos por la claraboya, aterrizará en el pasto del jardín y, como es livianita, no le pasará nada.

Los niños miraron por última vez el granito de pasa. Los ojos se les llenaron de lágrimas. ¡Qué terrible era para ellos separarse de su mamá!

Pero ¿cómo llegar hasta lo alto de la claraboya para lanzarla al jardín?

Podían trasladar el armario que estaba contra la puerta y subirse a él, mas corrían el peligro de que la malévola mujer eligiera ese momento para entrar a buscarlos. ¡No! Lo mejor era tratar de subirse el uno sobre el otro hasta alcanzar el techo. El mayor se subiría a una silla, el segundo treparía a los hombros del mayor y el más pequeño, sobre ellos dos, alcanzaría la claraboya.

Y es lo que hicieron. O es lo que casi hicieron, porque la silla estaba coja, lo que no ayudó a la operación.

—¿Ya alcanzas?, ¿tocas la claraboya? —pre-

guntaron los grandes al más chico, que estaba equilibrándose sobre ellos en la punta de la torre.

—Sí..., ya topo... ¡pásenme la caja!

—¿Cómo?, ¿no la tienes tú?

—¡Pero no! Si la dejé en el suelo...

¡Había que empezar todo de nuevo!

Hubo una pequeña discusión: cada uno acusaba al otro de ser el culpable de este desastroso olvido.

Pero se reconciliaron rápidamente.

—¡Ánimo! —dijo el mayor—. Comenzaremos otra vez.

Y nuevamente se subieron el uno sobre el otro: el mayor en la silla, el mediano sobre el mayor, el chico sobre el mediano. Un verdadero número de acróbatas. El pequeño tocaba ya la ventana, iba a abrirla, cuando de repente: ¡crac!, la silla se quebró en dos y los niños cayeron al suelo con gran estrépito.

En ese mismo momento, el papá venía entrando a la casa. Oyó el ruido y le dijo a su mujer:

—¡Sube a ver qué sucede!

Ella desapareció un instante y volvió diciendo:

—¡No es nada! Son los ratones que corren por el desván.

Mientras tanto, en el desván, los tres herma-

nos lloraban. Grandes lágrimas de dolor —pues se habían hecho daño en la caída— y de impotencia —¿cómo iban a llegar hasta la claraboya, ahora que la silla estaba rota?— corrían por sus mejillas. Para consolarse, abrieron la cajita y se quedaron mirando la pasa. Pero el solo hecho de verla los entristeció aún más y se pusieron a llorar sobre ella con todas sus fuerzas.

Las lágrimas de los tres niños caían y caían a torrentes en la cajita, tanto que esta se anegó y la pasa quedó flotando en un pequeño charco tibio.

De pronto, el hermano menor gritó:

—¡Miren! ¡Está creciendo!

Era verdad. La pasa, hinchada por las lágrimas de los hermanos, se empezó a agrandar. Cuanto más lloraban, más crecía la pasa. Y los niños al verla crecer más lloraban, pero ahora de alegría.

La pasa continuó inflándose, alargándose, ensanchándose, aumentando más y más de tamaño. Hasta que..., ante la mirada estupefacta de los tres niños, cambió de forma y...

—¡Mamáaaaa! —gritaron.

¡Era ella! Tan grande y tan linda como antes de haberse arrugado. La mamá tomó a los niños entre sus brazos y, riendo y llorando, los apretó contra ella, muy muy fuerte y muy muy largo.

Mientras tanto, en el primer piso, el papá seguía haciendo conjeturas sobre los extrañísimos ruidos que venían del desván.

Hasta que, intrigado a más no poder, le dijo finalmente a su mujer:

—Esos ratones del desván tienen una manera muy rara de chillar hoy día. Se diría que están llorando. Dame las llaves..., voy a ir a ver qué pasa.

La mujer procuró detenerlo por todos los medios. Pero sus esfuerzos fueron en vano.

Subió, trató de abrir la puerta con la llave y, al no lograrlo, empujó con todas sus fuerzas. El armario cedió y él pudo entrar. ¡Cuál no sería su sorpresa al encontrarse con sus tres hijos en brazos de su primera y bellísima mujer! Y los cuatro, estrechamente abrazados, lo miraban sin decirle nada.

Entonces, este hombre, que no era tan malo como parecía, se sintió casi morir de remordimientos y de alegría. Cubrió a sus hijos de besos y luego se arrodilló a los pies de su mujer pidiéndole perdón por haber dudado de ella.

Tan pronto pidió perdón, fue perdonado. Y padre, madre e hijos bajaron de la mano a comer, con el corazón lleno de alegría.

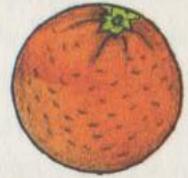
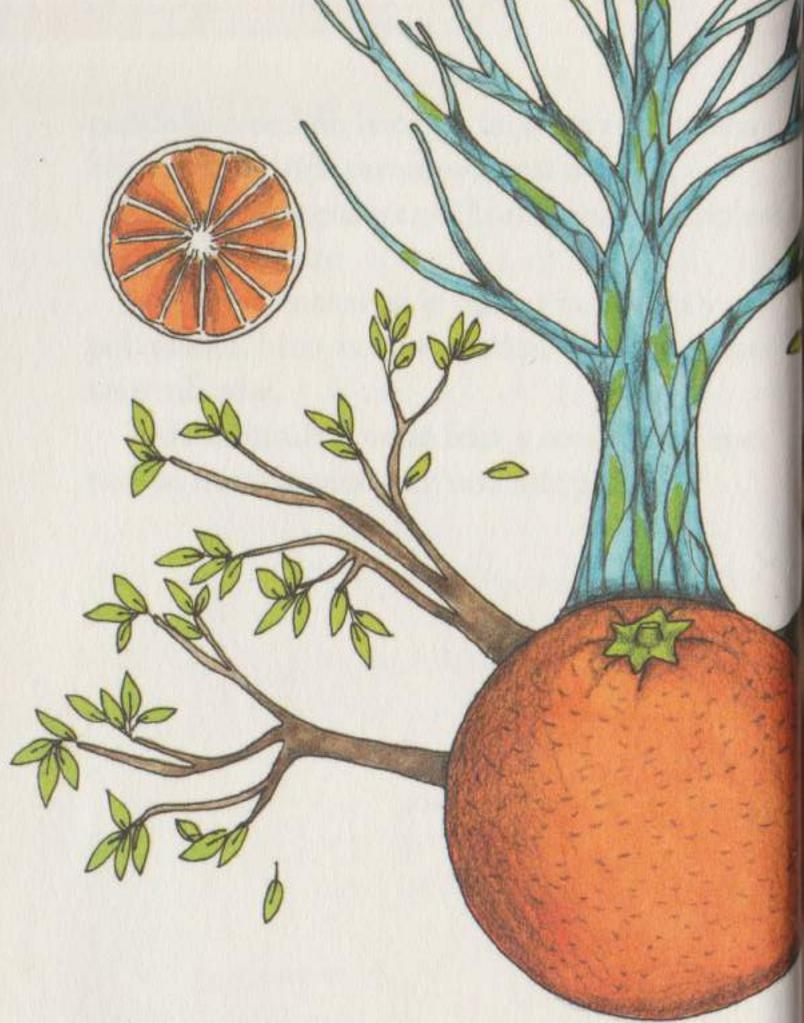
La madrastra no los había esperado. Adivi-

nando lo sucedido, hacía ya un buen rato que había partido a toda carrera con sus maletas.

El queque de pasas en el horno estaba completamente quemado.

La mamá, entonces, lo echó a la basura y rápidamente hizo otro delicioso, lleno de frutas confitadas.

Toda la familia comió feliz y con mucho apetito ese nuevo queque sin una sola pasa.



● 2

EL NIÑO QUE SE FUE EN UN ÁRBOL



LA SEÑORA PÉREZ estaba regando el huerto cuando alguien tocó a la puerta de su casa. En ese momento, ella miraba perpleja un nuevo árbol que había aparecido entre los otros árboles frutales. El huerto de los Pérez era muy pequeño y por eso ella estaba segura de que esa planta no estaba ahí antes. A simple vista parecía un naranjo igual a los demás, pero... tenía algo extraño: su ojo de campesina, acostumbrado a conocer cada planta de la tierra, le decía que allí había algo equivocado... ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Por qué sus escasas hojas tendrían ese brillo raro, como metálico?

Sus hijos interrumpieron sus pensamientos. Venían los tres corriendo desde la casa gritando muy agitados.

—¡Mamá! ¡Mamá! Han dejado un paquete en la puerta... —dijo Manuel, el mayor, casi sin aliento.

—No... ¡Tonto! ¡No es un paquete! Es un bulto envuelto en sábanas... —habló Melisa.

—Mamá..., mamá..., ¡ven a verlo! Parece que es un bicho enorme, porque se mueve y hace un ruido rarísimo... —dijo José, el más pequeño.

La señora Pérez, secándose las manos en el delantal anudado a su cintura y dando un suspiro,

caminó lentamente hacia la casa.

Entró por la cocina, atravesó el viejo comedor y llegó a la puerta principal, que estaba entreabierta. La empujó un poco más y... allí en el suelo estaba lo que había causado tanta consternación en los niños: era un paño blanco, tan blanco que reflejaba los rayos del sol como si fuese nieve.

Bajo él, algo se movía y crujía, con un ruido como de papeles que se estuviesen arrugando.

La señora Pérez se quedó ahí parada sin atreverse a tocarlo.

—Pero niños..., ¿no vieron quién dejó esto aquí? —les preguntó.

—No, mamá. Golpearon a la puerta y cuando yo fui a abrir no había nadie —dijo Melisa.

—Yo incluso miré hacia el camino —agregó Manuel—, pero solo se veían las piedras y los árboles.

—¿Y no lo vas a mirar, mamá? ¿Qué estás esperando? —gritó José, el menor, tirándola de la falda.

Entonces, la señora Pérez les contestó:

—¡Aléjense un poco por si es algo que salta!

Y agachándose, tomó con mucha precaución el albo paño por una esquina y le dio un tirón

hacia atrás. Inmediatamente, el género voló por los aires y se deshizo como si fuera una telaraña barrida por el más feroz de los huracanes. Y lo que quedó ahí en el suelo, entre la señora Pérez y sus tres hijos, era tan inesperado que los cuatro se quedaron boquiabiertos mirándolo.

Acostada de espaldas y completamente desnuda, una guagua gorda y rosada los miraba con dos enormes ojos negros. Pataleaba, manoteaba y hacía un ruido tan curioso que no parecía llanto, sino, más bien, el grito de algún pájaro. Su carita estaba bañada en lágrimas.

La señora Pérez, sin vacilar un instante, se inclinó y tomó a la guagua entre sus brazos. Y esta, inmediatamente, dejó de chillar,

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! —exclamó la buena señora, mientras lo mecía. Por el momento no se le ocurría otra cosa que decir.

Los niños, en cambio, la atiborraron de preguntas:

—Mamá, ¿de quién será?

—¿Quién lo habrá dejado aquí?

—¿Qué vamos a hacer con él?

La madre, entrando a la casa con el niño, les contestó:

—Por el momento, lo abrigaré y le daré de

comer. Luego, veremos...

Por la tarde, cuando se puso el sol y las faenas del campo terminaron, el señor Pérez volvió a su casa. En cuanto abrió la puerta, los niños se abalanzaron a darle la noticia.

—¡Papá, tenemos una guagua! —dijo Manuel.

—¡Papá, encontramos un paquete en la puerta! —habló Melisa, agitada.

—¡Papá, no me gusta como llora... ¡parece un horrible pájaro! —agregó José.

—¡Pero qué tonterías hablan! ¿Dónde está la mamá? —preguntó el señor Pérez.

—¡Está con la guagua! —contestaron los tres a coro.

—¡Si es una broma... —los amenazó el padre medio enojado—, van a ver lo que les pasará...!

Y en dos pasos atravesó la sala y entró a la cocina. Allí estaba la señora Pérez, sentada en un banco, dando un biberón de leche a una robusta guagua vestida con unas ropas que le quedaban enormes.

—¿Y este niño? ¿Quién lo dejó a tu cargo? —le preguntó a su mujer.

—No lo sabemos... —contestó ella con voz compungida.

—¡Cómo que no lo sabemos! —vociferó el

señor Pérez.

—¡Lo dejaron en la puerta! —dijo Melisa, que estaba a su lado.

El señor Pérez apretó los puños y comenzó a hablar con voz extremadamente calmada:

—¿Que-rrían ex-pli-car-me, antes de que me dé un ataque de furia, de qué se trata es-to? —Y señaló con su dedo a la guagua que lo miraba plácidamente desde los brazos de la señora Pérez.

Ella, entonces, le contó en detalle y con calma cómo la habían encontrado.

Cuando terminó, su marido dio media vuelta y salió de la casa diciendo:

—¡Esto no puede ser! Iré a averiguar quién lo dejó aquí.

Se fue donde los vecinos más próximos y luego siguió hasta el pueblo. Habló con toda la gente que conocía y finalmente preguntó en la iglesia y a los carabineros. Pero nadie pudo decirle nada.

Volvió a su casa cabizbajo y preocupado. Encontró a sus hijos ya durmiendo y a la nueva guagua junto a la cama de su mujer en una vieja cuna rescatada del desván. La señora Pérez le preguntó por el resultado de sus averiguaciones y, al saberlo, se quedó largo rato en silencio. Luego, cuando el señor Pérez ya se dormía, le dijo:

—¿Sabías que hoy también apareció un árbol nuevo en el huerto? Es un naranjo que no parece naranjo... Muy raro, muy raro...

—Déjate de hablar tonterías —le contestó malhumorado su marido—. No sabemos qué hacer con esta guagua y tú preocupada de un árbol...

La señora Pérez miró a la criatura y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Pobrecito! Me va a costar mucho entregarlo... ¿Y si nos quedáramos con él?

—¿Quedarnos con él? ¿Estás loca? ¡Justo ahora que tenemos una sequía tremenda y la cosecha será mala? Además, no me gustan sus ojos, son demasiado grandes y negros, no parecen humanos...

—¡El loco eres tú, tiene unos ojos preciosos! —dijo ella, enfurecida. Y levantándose, tomó al niño en brazos y salió con él de la pieza.

El señor Pérez, que quería mucho a su mujer y conocía su buen corazón, la siguió y le habló suavemente:

—Bueno..., finalmente eres tú quien lo cuidará. Al fin y al cabo una boca más...

No alcanzó a terminar la frase, cuando su mujer estaba ya abrazándolo.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Verás cómo llegarás a

quererlo! Además, nos ha traído buena suerte: justo el día de su llegada descubrí el nuevo árbol. ¡Ahora tenemos cuatro hijos y cuatro naranjos!

—¿Un niño de la suerte? ¡Vamos, vamos, mujer! Con esta sequía tremenda no hay niño ni suerte que valgan.

Pasaron los días y pasaron los meses. Y la sequía interminable reseca la tierra y los campos. Ya nada brotaba, ni el pasto ni la maleza. Pero en la casa de los Pérez había dos seres que crecían a una velocidad increíble: el niño abandonado y el árbol raro.

En cuanto al niño, a quien todos se habían puesto de acuerdo en llamar Galo —diminutivo de regalo—, este ya caminaba por toda la casa. Era realmente enorme para su edad, pero no hablaba ni una sola palabra.

—Yo creo que Galo es medio tonto, mamá —le decía Manuel.

—¡Y es tan torpe! ¡Se tropieza en todas partes! Todo lo que toca lo rompe —seguía Melisa.

—Y esa forma espantosa de llorar que tiene... ¡no la soporto! —agregaba José, el más pequeño.

En realidad, los tres hermanos le tenían unos celos tremendos. No les gustaba que su madre se preocupara tanto de él. Y en esto el padre

los apoyaba:

—¿No crees, mujer, que exageras en los cuidados de este niño? Además, nuestros hijos tienen razón: Galo es extraño, torpe y mudo. ¡Quién sabe cómo serían sus padres!

Entonces, ella, para cambiar de tema, le hablaba a su marido del árbol:

—¿Has visto cómo ha crecido ese naranjo raro? En unos pocos meses ha pasado a todos los otros árboles. ¡Está tan alto como un álamo!

—Sí —contestaba el señor Pérez—, lo he visto muy bien y pienso cortarlo muy pronto. No sé si te has fijado que no tiene ni un solo botón y apenas unas cuantas hojas. ¡Jamás producirá una naranja! Tenemos que conservar la poca agua de riego que nos queda para los otros pobres árboles. Si lo corto, ¡por lo menos servirá su leña!

Y un día muy temprano se fue al huerto con un hacha y se dispuso a cortar el árbol. Galo lo había seguido en silencio, como de costumbre, pero al verlo pegar el primer hachazo se puso a gritar como un loco. Gritaba como si el hacha lo estuviera cortando a él en pedazos y, avanzando torpemente, se colgó del brazo de su padre adoptivo.

El señor Pérez, soltándose furioso, llamó a su

mujer para que se lo llevara.

—Además de que este árbol es más duro que una roca, tengo que soportar a este tonto y sus graznidos...

—Es que es su árbol predilecto —le dijo Melisa—. A lo mejor cree que los hachazos le duelen...

—Cada vez que rompe un juguete y lo reparamos, se viene a esconder detrás de este árbol —añadió Manuel.

—Un día yo lo encontré abrazado al tronco, como tonto que es —terminó diciendo José, el más chico y el más picado.

Pero aunque la señora Pérez se llevó a Galo para que no se oyera su llanto y el señor Pérez le pegó al árbol todo lo que quiso, no logró sacarle ni una sola astilla.

—¡Árbol maldito! —gritó el señor Pérez, agotado y furioso—. ¡Mañana le cortaré las raíces!

Esa noche, Galo no quiso comer ni siquiera un pedacito de pan, y la buena señora pensó que estaba enfermo. Varias veces se levantó a mirarlo y lo encontró despierto en su cama, con los enormes ojos negros muy abiertos, que la miraban angustiados.

Al día siguiente, el señor Pérez tomó la picota

y el chuzo y se fue directo al árbol. El niño trató otra vez de seguirlo, pero la señora Pérez lo encerró en la casa y le dio una aspirina, pues pensó que estaba afiebrado. Galo lloraba y lloraba y trataba con dificultad de abrir la puerta que daba al huerto. Los hermanos se reían de él diciéndole que su árbol ya estaba en el suelo.

Mientras tanto, el señor Pérez trataba desesperadamente de arrancar las raíces con el chuzo. Estas eran tan grandes, tan duras y tan profundas como él no había visto nunca antes. Parecían haber crecido tanto hacia abajo como las ramas de la copa hacia el cielo.

—¡Árbol del demonio! —exclamó el señor Pérez, luego de tres horas de esfuerzo y ya agotado—. ¡Para sacar estas raíces tendría que destruir la mitad del huerto! —Y entró a la casa, vencido y furioso. Galo, por suerte, al ver su árbol en pie todavía, se había calmado.

Así siguieron pasando los días y los meses sin que ninguna gota de agua cayera del cielo. Pero el árbol raro, sin frutos ni hojas, al cual el señor Pérez no había regado más, seguía creciendo igual. Los otros tres naranjos, en cambio, a duras penas seguían vivos con los pocos litros de agua que les tocaba a cada uno. Galo, por su parte, tenía un

tamaño tan desmesurado que ya estaba más alto que el mayor de los hermanos. Pero seguía siendo lerdo para moverse y no hablaba ni una sola palabra. Solamente hacía ruido cuando lloraba. Y la única manera de hacerlo callar entonces era dejando que fuera a abrazar el tronco de su árbol, aunque hiciera frío o hubiera caído la noche.

Llegó el verano, los campos se quemaron, no quedaba ya casi nada que comer salvo las naranjas del huerto. El señor Pérez se desesperaba, la señora Pérez rezaba el rosario. Manuel, Melisa y José trepaban por los tres tristes naranjos buscando las frutas que quedaban más arriba. Galo trataba también de subir, pero, aunque de gran tamaño, era tan poco coordinado que terminaba siempre en el suelo, dándose un gran costalazo. Los hermanos se reían de él y se comían solos las últimas naranjas. Galo corría a acurrucarse junto a su gran árbol y desde allí los miraba entristecido.

—¡Cómete las naranjas de tu árbol! —le gritaban entonces Manuel, Melisa y José, burlándose.

Pero una tarde en que el señor y la señora Pérez habían ido a la iglesia a rezar por la lluvia y los niños estaban solos en el huerto mirando si todavía quedaba alguna naranja escondida entre las hojas, José, el menor de los hermanos, gritó:

—¡Miren! ¡Miren! Arriba en el árbol de Galo, allá en la punta... ¡Una naranja enorme enorme...!

Y era cierto. En la punta del gigante, diez veces más arriba que las más altas ramas de los otros tres naranjos, una naranja dorada y única se mecía levemente con el viento.

—¡Cómo no la habíamos visto antes...! ¡Voy a cogerla! —dijo Manuel, el mayor. Y comenzó inmediatamente a encaramarse por el árbol. Pero no había subido metro y medio, cuando ¡cataplum!, cayó al suelo.

—¡Ay! —gritó—. Este árbol parece estar embetunado con aceite..., es resbaloso.

—¿Resbaloso? —le contestó Melisa—. ¡Vas a ver cómo yo subo!

Trepó entonces hasta la primera rama, luego hasta la segunda, y ¡pum!, cayó también al suelo.

—¡No es que sea resbaloso! ¡Sus ramas se sacuden! —reclamó enojada, mientras se sobaba el trasero.

—¡Ustedes los mayores se creen la muerte y no saben hacer nada! —habló José—. ¡Mírenme a mí!

De un salto comenzó a trepar al árbol, como un mono. Pero llegado a la tercera rama empezó a gritar:

—¡Ay, ay...!, este árbol tiene algo que pincha..., ¡ay, no puedo más...!

Y de otro salto se dejó caer a tierra.

Galo, que se había quedado mirando embobado la gran naranja dorada que colgaba en la punta de su árbol, parecía no haberse dado cuenta de lo que les sucedía a sus hermanos.

En ese momento, el señor y la señora Pérez llegaron de vuelta a casa. Adoloridos, los niños les mostraron la naranja y les contaron de sus fracasos en alcanzarla. El padre les contestó vociferando:

—¡Árbol miserable! Yo iré por esa fruta, niños...

Pero el señor Pérez no llegó ni a la segunda rama: apenas había abrazado el tronco cuando cayó al suelo como un saco de papas. Su mujer y sus hijos, muy asustados, corrieron hacia él y lo ayudaron a levantarse.

Poniéndose de pie, medio cojo, alzó los puños y le gritó al árbol, como si este pudiese oírlo:

—¡Ya verás, árbol detestable! Echaré ácido en tus raíces, te pondré una bomba, llamaré al ejército para que te destruya...

Y la naranja, en la punta, parecía reírse de los esfuerzos que hacían los Pérez por alcanzarla.

En eso estaban padre e hijos, sobándose sus piernas y espaldas, cuando oyeron un susurro que venía desde lo alto, como el que hace la brisa en el follaje. Miraron hacia arriba y vieron que Galo subía penosamente por el tronco del árbol y que este, aun cuando no soplaban viento alguno, se había puesto a temblar entero, entrechocando las puntas de sus ramas.

—¡Se va a matar! —dijo Melisa.

—¡Caerá sobre nosotros! —gritó Manuel.

—¡Y otra vez se pondrá a llorar! —exclamó José.

El señor Pérez, asustado, le ordenó:

—¡Galo, baja inmediatamente!

Y la señora Pérez, desesperada, le rogó:

—¡Galo, hijo mío, ese árbol te matará! ¡No subas! ¡Te vas a caer! ¡Baja, por favor, baja!

Pero Galo parecía no oírlos y ya había alcanzado la primera rama. El árbol se movía ahora como si un huracán lo azotara y el silbido agudo del aire ahogaba los gritos de la señora Pérez:

—¡Qué horror! ¡Se caerá! ¡No quiero mirar!  
—Lloraba con la cara entre las manos, mientras su marido y sus tres hijos veían inmóviles y boquiabiertos a Galo, que seguía, impertérrito, trepando.

—¡Llegó! ¡Llegó hasta la segunda rama! ¡La rama se está doblando...! ¡Se va a caer! ¡Ayyy!  
—gritaron los niños.

Mas Galo, a pesar de toda su torpeza y de los feroces tumbos que daba el árbol, no se caía ni se asustaba. Y cuando llegó a la tercera rama y siguió hacia arriba, los Pérez se dieron cuenta de que estaban presenciando un milagro: el árbol en verdad estaba ayudando al niño a que trepara. Todos esos temblores y sacudones de las ramas no tenían otro objeto que ponerle apoyos en los pies y en las manos cada vez que Galo vacilaba. Las ramas más gruesas se doblaban como brazos humanos para sostener y empujar hacia arriba a ese niño, que ni una sola vez había mirado hacia el suelo donde estaba su familia adoptiva.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —lloraba en silencio la madre, viéndolo cómo se achicaba y se perdía en la altura inmensa del naranjo tembloroso.

El señor Pérez, pálido, no movía ni un músculo de su cara.

—¡Alcanzará la naranja! —gritó Melisa aplaudiendo.

Y al fin, en la copa del árbol zumbante, sostenido por sus más débiles ramas que lo ceñían como largos dedos, Galo extendió su brazo y co-

gió la gran naranja. Y entonces, de repente, el árbol se quedó inmóvil y el silbido ensordecedor se acalló. La señora Pérez, sin saber por qué, lanzó un grito horrible. La naranja, tocada por Galo, se encendió como un farol y comenzó a hincharse más que un melón, más que un zapallo. Y desde la punta hasta el pie del tronco, el árbol se iluminó por dentro como si estuviese hecho de vidrio. A medida que crecía, la naranja fue perdiendo el color, hasta que se transformó en un globo blanco radiante, a cuyo lado Galo apenas se veía. Ni el señor ni la señora Pérez podían gritar o moverse y los niños abrían y cerraban los ojos, muertos de miedo ante esa torre de luz en que se había convertido el árbol. El niño, en ese momento, desde la cumbre, se volvió hacia ellos, agitó una mano y, abriendo la boca, les gritó con una voz potente como ninguna:

—KIKLI KILI NITI LISI NIFLI TIKLI MILI...

Y entonces, en un lado del globo se abrió suavemente una especie de escotilla y Galo, sin vacilar, entró por ella. La escotilla volvió a cerrarse y, a pesar de la luz enceguecedora, los Pérez todavía pudieron ver la pequeña sombra de aquel que había sido su hijo y hermano moviéndose en el

interior de la altísima esfera.

Un estremecimiento sacudió la tierra. Luz, estruendo y temblor se juntaron, y el árbol de Galo, convertido en un cohete plateado, se alejó lentamente del suelo.

Los cinco Pérez se quedaron parados en el huerto sin habla. Los tres niños, aferrados a sus padres y muy asustados, no se atrevieron a abrir los ojos durante un largo rato. En el silencio de la tarde y desde el fondo de la tierra, allí donde un profundo orificio marcaba el lugar donde había estado el árbol, se comenzó a oír un ruido sordo y lejano. ¡Blup! ¡Bluuup! ¡Bluuuuuuup! Cada vez más fuerte, como si un sacacorchos gigante estuviese destapando una botella del tamaño de una casa, el ruido subía y subía. Los Pérez, que seguían inmóviles, paralizados de asombro, tenían ahora sus ojos fijos en ese hoyo en la tierra.

—¡Bluuuup! ¡Bluuuuuuup! ¡BLUUUUUUUUUUUUUUUUUP! El sonido aumentó y aumentó, hasta terminar en un estampido como el de una colosal botella de champaña que se destapa. Y desde el hoyo del árbol de Galo, un gran chorro de agua pura se elevó, altísimo, por los aires. En un dos por tres los Pérez tenían frente a ellos lo que hacía meses y meses les faltaba desespe-

radamente: un pozo ancho y profundo, repleto de agua.

—¡Agua! ¡Agua! —repetía el señor Pérez como atontado—. ¡Agua para mis cosechas! ¡Estamos salvados!

Los niños se habían acercado a la orilla del pozo y tocaban el agua con las manos.

—¡KIKLI KILI NITI LISI NIFLI TIKLI MILI! —gritaban a coro, sin saber si reírse de las extrañas palabras o estar tristes por la desaparición de Galo.

La señora Pérez sonreía y lloraba.

De pronto, José dijo:

—¡Miren allí! Algo brillante flota en el agua...

Melisa corrió a buscar una rama. Y con ella en la mano y estirando el brazo, Manuel hizo llegar a la orilla una gran naranja dorada.

—¡La naranja de Galo! —gritaron los niños.

—¡Será otra igual! —los corrigió el señor Pérez.

—¡Yo la pelaré! —dijo Manuel, y trató de enterrarle las uñas. Pero no pudo ni siquiera rasguñarla.

—¡Déjame a mí! —habló José. Mas tampoco tuvo éxito.

—¡Yo trataré! —gritó Melisa. La naranja,

como si fuera de piedra, ni se abolló con los golpes que le dio la niña.

—¡Pásenmela! —ordenó el señor Pérez. Pero a pesar del cortaplumas con que trató de cortarla, no logró hacerle ni un hoyito. Cansado al fin, se la pasó a su mujer para que esta la guardara en recuerdo de Galo. La señora Pérez la tomó en sus manos y en ese mismo momento la naranja comenzó a pelarse sola desenvolviéndose y dejando caer su cáscara. Unos gajos rojos como el rubí aparecieron dentro y la madre, sin dudarlo un instante, sacó uno y se lo comió. El señor Pérez y los niños se la quedaron mirando para saber, por la expresión de su rostro, qué gusto tenía esa fruta tan rara.

—¡Ay, mi pobre Galo, hijo querido, ahora entiendo! —exclamó la señora Pérez, mientras que, con los ojos llenos de lágrimas, les daba a sus hijos y a su marido los gajos que quedaban.

Y cuando estos comieron, ellos también se pusieron a llorar mirando hacia el cielo que, entre tanto, se había llenado de estrellas.

Gracias a esa naranja, las únicas, últimas y extrañas palabras que le habían oído a Galo resonaban ahora con toda claridad en sus oídos, como si lo estuviesen oyendo hablarles en castellano:

KIKLI KILI NITI LISI NIFLI TIKLI MILI

“Madre de la tierra: gracias por haberme criado. Parto a buscar a los míos. Seré para siempre tu hijo en las estrellas”.

• 3

CÓMO EMPEZÓ EL OLVIDO



LA BIBLIA NOS DICE que el primer hombre que existió fue Adán y la primera mujer, Eva. Luego habla de Caín y Abel, sus hijos mayores, y de muchos otros que fueron poblando la tierra. Pero lo que la Biblia no cuenta es que Dios envió un último regalo a Adán y Eva, cuando estos envejecieron: tuvieron unos trillizos morenos y unas trillizas rubias, que les alegraron sus últimos días y ayudaron a sus padres, ya ancianos, a terminar su tarea en este mundo.

Una tarde en que se paseaban por el campo, Adán mostró a su mujer unos arbustos y le dijo:

—¡Mira, Eva, qué lindos rosales!

—¿Rosales? —le contestó Eva sorprendida—. ¡Pero si son hibiscos!

—Hibiscos..., ¡tienes razón! Ahora que lo pienso... —susurró Adán, sin terminar la frase.

—¿Estás mal de la vista?

—No, no son mis ojos... Creo que es la memoria la que me está fallando.

—Eso es muy grave, Adán —aseguró Eva, preocupada—. Tú eres el que le puso nombre a cuanto cosa hay en la Tierra y si comienzas a olvidar... ¡Será espantoso!

Tienes razón, mujer, como siempre —asintió Adán—. Tendré que pensar qué hacer al respecto...

—¡Ya sé! —dijo ella—. Antes de que pierdas la memoria del Paraíso, ¿por qué no recorres la Tierra con nuestros tres últimos hijos, les vas nombrando las cosas, y les explicas, además, para qué sirve cada una de ellas?

—¡Eva! ¡Eva! —le contestó él abrazándola—. ¿Qué haría yo si tú no me dieras ideas?

Entonces llamó a sus tres hijos: León, Laurel y Oro, y los invitó a un largo viaje.

Partió primero con León y recorrió con él las selvas, las montañas y los océanos. Y le nombró los animales de la Tierra y sus cualidades: cuáles eran mansos y cuáles fieros, los que eran escasos y los que abundaban, los que se podían domesticar y los que eran salvajes. Le mostró pájaros de mil colores y peces de los mares más lejanos. También los caracoles, las chinitas, las hormigas, los murciélagos y los dromedarios.

—Ese con cola larga es un mono tití —le decía—, que despierta con sus gritos al cazador que se queda dormido. Y esa de más allá es una abeja, que sirve para hacer miel, el mejor de los manjares. Y ese es un pájaro que le enseña al hombre cómo se danza en primavera.

Así, León no solo supo qué hacer con el caballo, la gallina o el perro —lo que hoy también

sabemos—, sino para qué servían las cebras, los lobos, las gaviotas y las moscas —cosa que hoy hemos olvidado.

León volvió de su largo viaje con la cabeza dándole vueltas y muy cansado.

—¡Papá, eres un genio! —le dijo—. Me has nombrado a todos los animales de la Tierra. ¿Cómo puedes tener tan buena memoria? Yo, en cambio, estoy totalmente confundido...

Adán no alcanzó a responderle, porque tenía que partir de prisa con su otro hijo. No podía perder ni un minuto en esta tarea; su memoria cansada por los años ya estaba fallando...

Se fue entonces con Laurel a las planicies, a las montañas y a los valles. También estuvieron en las selvas y en los desiertos.

—Ese, hijo, es un cardenal, y sirve para que las niñas chicas se pinten las uñas. Esta es una amapola, en cuyos pétalos duermen siesta las mariposas. Y aquí está el álamo temblón, que hace oír el ruido del mar a los que viven tierra adentro.

Así, le mostró a Laurel los árboles, las plantas y las flores: tanto las de los campos como las de los desiertos, las que flotan sobre las aguas y las que viven sumergidas. De todas ellas, Laurel conoció sus nombres y cualidades. No solo supo

para qué servían las lechugas, las encinas y los manzanos —lo que hoy sabemos—, sino también qué hacer con los sauces llorones, los cactus, las enredaderas y los yuyos —cosa que hoy hemos olvidado.

Laurel volvió a la casa mareado con tantos nombres.

—¿Cómo puedes saber tantas cosas? —le preguntó a su padre. En cuanto a mí, no sé lo que haré para recordar tal infinidad de vegetales y sus usos.

Adán lo dejó pensando solo, porque no tenía tiempo para contestarle. Partió con su hijo Oro a recorrer por tercera vez la Tierra y hacerle conocer el nombre y la utilidad de las rocas, las tierras, las aguas, las nieves y los minerales.

—Estos son los diamantes, que endurecen el corazón de quien los posee —comenzó diciéndole—. Y este es el hierro, que brilla en los arados, y aquí está el carbón, que calienta los cuerpos avivando el fuego...

Caminaron recorriendo la Tierra lo más rápido que daban las viejas piernas del padre, a quien, por suerte, de todo lo que vieron, nada se le había olvidado.

Y así Oro no solamente conoció los rubíes, la

plata y el plomo y supo qué hacer con ellos —tal como lo sabemos nosotros hoy día—, sino que aprendió de su padre muchos usos de las rocas, las aguas saladas y la tierra de los pantanos —los que hoy hemos olvidado completamente.

Oro volvió a su casa con los pies deshechos por haber caminado tanto y tan ligero. Además, muy preocupado por la cantidad de nombres que tenía que memorizar.

—¿Qué haces tú, papá, para acordarte de tantas cosas? —le preguntó—. Yo estoy agotado y confundido, igual que mis hermanos. Temo olvidar los nombres y los usos.

Adán, al oírlo, levantó los brazos al cielo y exclamó dirigiéndose a Eva:

—¿Por qué estos niños de hoy no retienen nada y se cansan con cualquier cosa? ¿Será que no te has preocupado bien de su alimentación y no les has dado pasas, ni hormigas fritas, tan buenas para la memoria? ¿Qué va a ser de los hombres si ellos se olvidan de lo que les he enseñado?

—Cálmate, Adán, y no me eches la culpa —le dijo Eva—. Hablaré con las trillizas y les propondré algo que se me ha ocurrido, ¡ya verás! Y se fue, dejando a Adán muy intrigado.

Eva llamó entonces a sus hijas Calígrafa, Car-

pintera y Pintora, que eran muy dotadas para trabajar con las manos, y les dijo:

—Tendrán que ayudar a sus hermanos, que tienen muy corta memoria, para que no terminen olvidados los nombres de la Tierra. Para esto les propongo construir muchos carteles y pintar en ellos los nombres de animales, vegetales y minerales que Dios creó. Sus hermanos, que todavía los recuerdan, se los irán diciendo uno a uno. Luego, ustedes irán colgando los carteles del cuello de las bestias, de los pájaros y de los insectos; en las rocas y en las plantas. Así nada será confundido y el mundo quedará nombrado.

—Pero, mamá... —respondieron las hijas—, no sabemos ni escribir, ni pintar, ni hacer carteles. ¡Es muy difícil y muy largo!

—¡No sean flojas! ¡Nada es difícil cuando se quiere! ¡Yo les enseñaré a trabajar!

Y con mucha paciencia enseñó a Calígrafa a escribir letras grandes y chicas con pinceles gruesos y finos; a Carpintera a cortar madera y a lijarla, y a Pintora a fabricar las pinturas mezclando tierra de colores.

Ellas, que eran hábiles y despiertas, aprendieron muy rápido.

—¡Nuestras trillizas están listas para comen-

zar! —le dijo Eva a Adán una mañana. Y le contó lo que había organizado.

—Eva, Eva, tú siempre sabes cómo ayudarme... —le contestó Adán, abrazándola emocionado.

Y así fue como las tres hermanas rubias se dispusieron a trabajar en los carteles. Pero antes exigieron a los trillizos morenos que les trajeran muy buenos materiales. No querían estropearse las manos con cerdas duras, ni con maderas toscas, ni con tierras ásperas.

Calígrafa, que se llevaba muy bien con León desde que era chiquitita, le pidió a este:

—Hermano, ¿podrías traerme pelos de zorro, de visón y de mosca para hacer mis pinceles?

Y Carpintera, que ya en la cuna jugaba con Laurel, prefiriéndolo a los otros hermanos, le dijo a este:

—Necesitaré que me traigas madera de encina, de rosal y de junco para fabricar los tableros de los carteles.

Pintora, por su parte, que era muy dominante, exigió a Oro que le trajera de inmediato tierra de colores, gruesa, fina e impalpable para hacer las pinturas.

—¡Y que sean las mejores! —añadió, en tono perentorio.

Las trillizas resultaron muy trabajadoras y en pocos días habían fabricado tableros de muchos tamaños, pinceles de variados grosores y pinturas de más colores que el arcoíris. Tenían enormes letreros para colgar de los elefantes y de las brontosaurias (hoy extinguidas), de los pinos insignes y de las montañas. También carteles diminutos para las hormigas, las hierbas y los granos de arena.

Una vez todo listo, las tres hermanas rubias se despidieron de Eva y de Adán y salieron a recorrer la Tierra junto con los trillizos morenos. Estos tres iban delante con unos pesados sacos al hombro, llenos de tableros grandes. Luego los seguía Carpintera, con un bolso repleto de tablas pequeñas. Más atrás iba Calígrafa, con sus pinceles de cien tamaños, y al final Pintora, con un montón de tarros de pintura de diferentes colores. Cada vez que se detenían para colgar un cartel de un árbol, un animal o una roca, Calígrafa escribía en el tablero el nombre y el uso, con buena letra y mucho cuidado, untando sus pinceles en la pintura de su hermana. Trabajaban el día entero sin parar y recomenzaban, muy temprano, a la mañana siguiente. Los lugares por donde pasaban iban quedando llenos de carteles

—más que una calle comercial de hoy día—, que el viento hacía sonar como si fueran cascabeles. Era una labor interminable y a la semana los seis hermanos comenzaron a cansarse.

—Los animales salvajes rompen sus carteles apenas nos damos vuelta —se quejaba León—. Tendremos que estar cambiándolos a cada rato.

—Las lluvias borran los nombres que hemos puesto en los árboles —alegaba Laurel, cansado—. Tendremos que reponerlos cada año.

—La tierra y el polvo oscurecen las letras —agregaba Oro—. ¡Nos lo pasaremos viajando para repintar carteles! ¡Esto no acabará nunca!

—Y nosotras —reclamaban las rubias Calígrafa, Carpintera y Pintora— ya no tendremos tiempo para peinarnos, ni para pasear, ni para buscar un novio. Trabajamos y trabajamos sin parar día tras día, y cuando llega la noche ya no tenemos ganas de divertirnos, de tan cansadas que estamos. ¡Esto no es vida!

Adán, que había ido a ver cómo les iba en su empresa, los retó, escandalizado:

—Hijos, ¿hasta cuándo se quejan? ¿No nos han visto a su madre y a mí trabajar duramente todos los días de nuestra vida? Yo luego me voy a morir... Ahora son ustedes los responsables de la

memoria de la Tierra. ¿Qué pasará con las cosas y sus nombres si no lo hacen?

Luego se dirigió a Eva añadiendo:

—¿Será que los hemos malcriado?

Trillizas y trillizos, avergonzados, no volvieron a quejarse más y siguieron colgando carteles por toda la ancha Tierra.

Llegó el día en que Adán murió. Eva, que estaba enferma, lo siguió muy pronto. Y los hermanos morenos y las hermanas rubias, huérfanos ahora, prometieron ante la tumba de sus padres no desmayar en ese trabajo infinito que ellos les habían encargado. Trabajaban desde que aparecía el Sol hasta que se ocultaba. Y tanto se esforzaron que llegó un momento en que no hubo animal, vegetal o mineral que no tuviese un letrero que lo identificara y dijera para qué podía servir.

Los demás hombres, hermanos y primos, cercanos y lejanos, los aclamaban como si fuesen unos héroes. Pero no los dejaban descansar un segundo. Cuando un lejano cartel se estropeaba, rápidamente llegaba algún pariente lejano reclamando:

—Hay un animal negro, con el vientre blanco, que camina en dos pies como los humanos y que anda por ahí sin cartel hace meses. ¡Es seguro que

lo dejaron mal colgado! Ahora no sé cómo se llama ni para qué sirve... ¿No podrían ir a ponerle uno nuevo? —les decía un primo esquimal, que vivía en el polo.

—Hay una montaña negra, cortada en la punta, que echa humo y que no tiene cartel. No sabemos si subir con agua a su cumbre para apagar el fuego, o dejarla tranquila y ver lo que pasa. ¿No podrían ir ustedes allí para nombrarla de nuevo y contarnos para qué sirve? Es seguro que el viento destruyó su letrero... —les venía a decir un pariente de piel amarilla y ojos rasgados.

—Hay un bosque de árboles que se ha extendido por nuestras tierras, pero su cartel está borrado; no sabemos si sus frutos se comen o envenenan, ni si sus raíces son un remedio para el dolor de muelas o para el de estómago —llegaron diciendo unos primos negritos que vivían en el África.

Y los trillizos morenos y las trillizas rubias partían a cualquier lugar del mundo, por alejado que fuese, a cumplir su tarea con tesón y calma. Los raros días en que no había reclamos, las trillizas se quedaban en casa fabricando más carteles, más pinturas y más pinceles. Los hermanos, por su parte, salían separados a revisar cada uno

el reino cuya memoria estaba a su cargo: León a los animales, Laurel a los vegetales y Oro a los minerales.

Uno de esos días, León volvió a la casa muy tarde y con cara de pocos amigos. Saludó a las hermanas y luego se dirigió a Laurel diciéndole en tono agresivo:

—Una maldita planta tuya envenenó a una de mis jirafas. ¿Por qué no haces algo para prevenir esos accidentes?

—Por si no lo sabes, tus cabras arrasaron hoy una preciosa pradera de lirios mía... Pero yo no te he gritado —le contestó Laurel poniéndose pálido.

—¡Qué bueno que hayan tocado el tema! —los interrumpió Oro plantándose entre los dos—. Porque han de saber que las algas de Laurel ensucian mis mares y los sapos de León infestan mis lagos...

—¿Y qué hablas tú? —gritó entonces León—. Una avalancha de tu nieve sepultó a un rebaño de mis ciervos...

—¡Y la lava de tus volcanes incendió mis arboledas! —agregó Laurel, enfurecido contra Oro.

Estaban los tres de pie, mirándose con ojos furiosos, cuando las hermanas intervinie-

ron calmándolos.

—¡Insensatos! ¿Qué sacan con pelearse así? ¡Es normal que en el mundo ocurran accidentes! —habló Calígrafa, enojada.

—Por si se les ha olvidado, les recuerdo que ya se acabó el paraíso en que vivían papá y mamá, el de antes de la manzana... —siguió Carpintera, enfrentándose a ellos con las manos en la cintura—. ¡Hoy el mundo está desordenado!

—Y ahora la tarea de los nombres de las cosas, que ayudará a reordenarlo, depende de ustedes... ¿Es que echarán todo a perder con sus gritos y rabietas? —terminó diciéndoles Pintora.

Los tres hermanos se callaron, avergonzados, y se sentaron a la mesa a comer. Pero día tras día recomenzaban las discusiones.

Cuando León iba a revisar los carteles de sus pájaros se encontraba con que estos habían muerto debido a la erupción de un volcán. Y Laurel, al ir a cambiar los letreros de unos arbolitos frondosos, los hallaba secos y sin hojas, comidos por las cebras. Y cuando Oro salía a revisar los nombres de sus tierras, las encontraba pisoteadas por una manada de búfalos.

Por la tarde, las trillizas rubias veían llegar, uno a uno, a los hermanos morenos con la cara

de siete metros, muy enfurruñados.

—¡Ya empezaron otra vez! —se prevenían entre ellas con un suspiro—. ¡Nuevamente tendremos que aplacarlos!

Entonces, Calígrafa, con santa calma y paciencia, se llevaba a León aparte y le decía:

—Hermano..., ¡escúchame! ¿Qué haríamos tú y yo con los puros pinceles, sin la madera de Laurel para los tableros de Carpintera, o sin las tierras de color de Oro para las pinturas de Pintora? ¡No podríamos completar un cartel más!

Luego, Carpintera le decía a Laurel, en voz baja:

—Hermano..., ¡tranquilízate! ¿Qué haríamos tú y yo con los puros tableros, sin los pelos de León para los pinceles de Calígrafa y sin la tierra de color de Oro para los colores de Pintora? ¡No habría más carteles!

Por último, Pintora conversaba con Oro:

—Hermano..., ¡serénate! ¿Qué haríamos tú y yo con las puras pinturas, sin los pelos de León para los pinceles de Calígrafa y sin la madera de Laurel para los tableros de Carpintera? ¡Se terminarían los carteles!

Y los trillizos morenos atendían refunfuñando las razones de las trillizas rubias. Así, gracias

a ellas, los hermanos se mantuvieron mucho tiempo sin pelearse y cada uno de los seres de la Tierra exhibió su nombre y utilidad.

Los demás hombres aprovechaban esto y su vida durante algunos años pareció una fiesta, tanto cambiaban y mejoraban las cosas gracias a los carteles de los últimos seis hijos de Adán.

Pero un día gris y terrible, León se adentró en el bosque en busca de un ciervo al que quería más que a los otros ciervos, más que a las bestias de los valles y a los pájaros del aire. El animalito era ágil y movedizo, por lo que a cada rato perdía su letrero, enredándolo en las ramas.

León caminó durante mucho rato sin encontrarlo, pese a que lo llamaba a viva voz y lo buscaba debajo de cada arbusto, en las cuevas y en los huecos de los árboles. Esto no le había sucedido nunca: su cervatillo lo conocía tanto que siempre, al oírlo, salía a su encuentro trotando.

El joven siguió andando y llamando durante horas, hasta que, ya casi perdidas las esperanzas, llegó a un gran charco de lodo. Y allí estaba el cervatillo: apenas se veía su cabeza y sus grandes ojos lo miraban pidiéndole auxilio. Eran arenas movedizas que se lo estaban tragando. Desesperado, León hizo todo lo posible por rescatarlo po-

niendo palos y ramas, pero ya era muy tarde y no logró impedir que se hundiera. Desaparecieron los ojos, luego los cuernos, hasta que en la superficie de la arena húmeda no quedó ni una huella.

León volvió a su casa enfermo de pena y de rabia. En el camino se encontró con su hermano Laurel, que también venía con la cara tensa y los puños apretados.

—León, tus estúpidas cabras se han comido mi maravilloso rosal rojo..., ese que yo regaba día a día y que tanto amaba... ¡Dios santo! Cada vez que me acercaba a él sus rosas exhalaban nubes de perfume saludándome. Y esta tarde cuando lo fui a ver me encontré con la horrible sorpresa: ¡no le quedaba ni una sola flor, ni un solo pétalo, ni una sola hoja! Apenas un tallo mustio al que ni siquiera le dejaron espinas... ¡Esto se acabó! ¡Es el colmo! ¡De ti no quiero saber nunca más nada! —gritó Laurel, con la voz ronca y alterada.

Y dando media vuelta, se alejó de León.

No bien hubo desaparecido Laurel de la vista de León, se acercó Oro vociferando:

—¡Yo te mato! ¡Yo te mato! Tus castores cortaron el curso de mi arroyo más querido, el más escondido, el más puro y el más rápido. ¡Ahora es un pantanal! Y la maldita selva de Laurel se

tragó el yacimiento de diamantes más bello de la Tierra, de una luz sin igual, que yo adoraba...

Pero León, que ya no podía más de tristeza y de furia, y que hasta entonces se había callado, agarró por el cuello a Oro gritándole:

—¿Quién eres tú para hablarme así? ¿No sabes lo que le pasó a mi cervatillo en tu arena asesina?

Los gritos de León hicieron que Calígrafa, Pintora y Carpintera llegaran corriendo. Pero ya era muy tarde. Los hermanos estaban tan furiosos que no quisieron oír ningún consejo de sus hermanas y, separándose, se fueron cada uno por su lado.

Las trillizas rubias comieron solas esa noche. Y al día siguiente, cuando se levantaron para continuar su trabajo, se dieron cuenta de que casi no les quedaba madera, ni pelos, ni tierra de color.

Calígrafa partió muy decidida en busca de León. Lo encontró sentado en un claro del bosque, con la cara entre las manos, mirando volar una mosca que llevaba un cartelito colgado del cogote.

—León —le dijo suavemente—, tendrás que traerme más pelos de zorro para los pinceles gruesos, de visón para los medianos y de mosca

para los finos. Los que tengo están muy gastados.

—De acuerdo —le dijo él—, te daré los que quieras mientras no pintes para Laurel ni para Oro. Solo escribirás el nombre de mis animales.

—Pero León, eso no es posible, tú lo sabes. Laurel no me dejaría usar sus maderas, ni Oro las pinturas hechas con su tierra...

—¡Es mi última palabra! —respondió León, en tono seco— y si no estás de acuerdo, no te daré ni un solo pelo más.

—¿De qué me servirían así? —se preguntó ella alejándose.

Carpintera, en tanto, había corrido donde Laurel porque requería más madera para sus tableros.

—Necesito encina para los grandes, rosál para los medianos y junco para los chiquititos.

—Muy bien —le contestó Laurel—, te traeré mis más bellas maderas de mis mejores plantas, siempre que los carteles sean para colgárselos únicamente a mis vegetales y no a las cosas de mis hermanos.

—¡Laurel! —exclamó ella—. ¿Cómo es eso? ¡Sabes que eso no se puede hacer! ¡Ellos no nos darán ni tierra de color ni pelos!

—¡No me importa! —contestó este enojándose—. Y si no estás de acuerdo, entonces

¡adiós! ¡No quiero saber más de mis hermanos!

Acto seguido, le dio vuelta la cara.

Pintora, por su parte, se había ido en busca de Oro, el tercero de los hermanos. Y le dijo, agitada:

—Me falta tierra para mis pinturas. No me queda rojo, ni blanco, ni verde. ¡Tendrás que darme la cuanto antes!

—Te traeré la tierra que quieras —respondió él—, siempre que sirva solamente para mis minerales,

—Oro, ¿qué dices? ¿Estás loco? —le preguntó Pintora, alarmada—. ¿Qué podríamos hacer sin la madera de Laurel y sin los pelos de León?

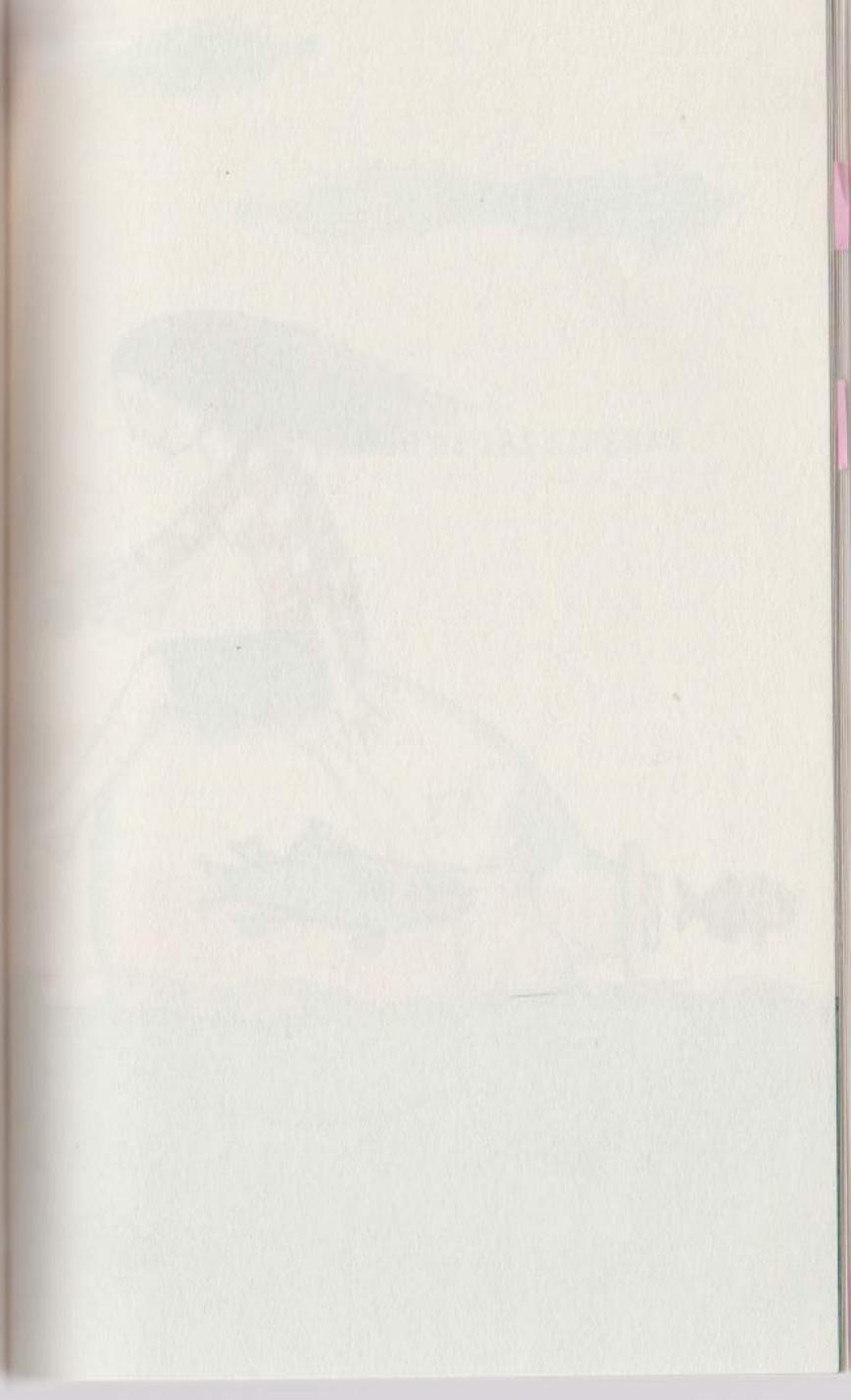
—Lo que oyes —le contestó su hermano, furioso—. ¡Y es mi última palabra!

Y esta vez las trillizas, aunque trataron por todos los medios de cambiar el terrible humor de sus hermanos, fracasaron rotundamente. Entonces, aburridas de tanta tozudez, decidieron abandonarlos, dedicarse a buscar novio y a vivir una vida más descansada. Y a pesar de que los otros hermanos y primos, cercanos y lejanos, blancos, amarillos, cobrizos y negros, vinieron una y mil veces a rogar a los trillizos que continuaran su tarea, estos no quisieron saber más uno del otro, ni de los letreros.

Los carteles de la Tierra poco a poco se fueron gastando, agrietando, borrando y desapareciendo. Y con ellos, millones de nombres e incontables usos de las cosas se perdieron en el olvido.

Así es como hoy existen seres cuyos nombres no recordamos ni sabemos para qué sirven, y otros que creemos inútiles, pero que entonces servían a los hombres. ¿Quién se recuerda hoy para qué son las moscas, qué se puede hacer con el yuyo, cuál es el uso que se le puede dar al polvo?

Eso y mucho más lo sabía Adán y se lo dijo a sus hijos, quienes, por pelear unos con otros, lo olvidaron.





• 4

## EL ELÍXIR DE LAS SIRENAS



CUANDO CARLOS Y CLEMENCIA se casaron, partieron de luna de miel en un crucero de lujo.

—Oh, Carlos..., ¡qué felices somos! —exclamaba Clemencia, mientras estiraba sus brazos, recostada en una silla de lona sobre la cubierta del barco. Carlos, con shorts blancos y zapatillas, se paseaba sonriendo con una paleta de pimpón en la mano.

A bordo del navío blanco, todo era magnífico: las comidas, el champán, la música y las mil diversiones hacían sentirse a los pasajeros en una fiesta permanente, pero debajo del barco, en las aguas profundas del océano, había quienes no participaban del júbilo de los pasajeros. Los cruceros de lujo que surcaban esas aguas siempre ponían de mal humor a todos los grandes y pequeños habitantes del mar, sirenas y tritones incluidos.

—Ya no se puede vivir con tanta polución —reclamaba un tritón viejo, pegándole un coletazo a una botella de champán desocupada que caía desde lo alto.

—¡Tanta basura en el agua tiene tapada mi trompeta de nácar! —agregaba otro con rabia.

A bordo del barco, por supuesto, estos problemas no existían.

Un día en la tarde, Carlos y Clemencia entraron a su cabina a cambiarse de ropa para la comida de la noche, que era de gala, con orquesta y baile. Cuando Clemencia estuvo vestida, con sedas y gasas, le dio un toque final a su toilette poniéndose unas gotitas de perfume detrás de las orejas.

—¡Oh, Carlos! —dijo de pronto a su marido, con voz consternada—, ¡se me ha terminado el perfume! —Y luego, sonriendo, agregó—: Iré a botar el frasco vacío al mar, dicen que trae buena suerte...

—¿Buena suerte? ¿Qué superstición has inventado? —le contestó Carlos.

Pero Clemencia, sin responderle, salió de la cabina y se dirigió a la cubierta. Una vez allí, lanzó con toda la fuerza que le permitió su delgado brazo el envase vacío al mar, pero con tal mala suerte que cayó justo en la cabeza de la Reina de las Sirenas que estaba allí asomada entre las olas. A ella, muy molesta ya con los desperdicios que hacía días y días iba botando el barco, le acometió entonces la ira más grande que podía tener una sirena reina. Y levantándose todo lo que pudo fuera del agua, vio a Clemencia apoyada en la baranda y le gritó:

—¡Maldita mujer! ¡Tendrás un hijo pez, que será desgraciado toda su vida!

Por suerte para Clemencia, el Rey Tritón, que andaba cerca y era de buen corazón, al oír las palabras de la reina se asomó también de entre las olas. Y viendo a la recién casada pálida de miedo en lo alto del barco, dijo a viva voz:

—¡Qué reina tan exagerada! Yo te digo, mujer, que tu hijo será desgraciado solo hasta el día en que encuentre, bajo el océano, este mismo frasco de perfume que tú lanzaste...

—¿Qué te metes tú a cambiar mi maldición? —le gritó la sirena, alterada.

—¡Será como digo! ¡Yo soy el rey! —le contestó este, con voz de trueno.

La Reina Sirena, azul de ira, se sumergió echando chorros de espuma en el agua. Y el Rey Tritón saludó a Clemencia con la mano, y desapareció a su vez bajo las olas.

Clemencia, que los había estado mirando paralizada de terror, en cuanto ellos se hundieron corrió al camarote donde estaba su joven esposo.

—¡Carlos! ¡Carlos! —le dijo, sin aliento y toda despeinada—. Un señor y una señora que estaban en el mar me gritaron algo terrible... ¡Eran muy extraños!

—Dios mío. Clemencia, ¿estás viendo visiones! Eso te pasa por ser tan supersticiosa...

—No, Carlos, estaban allí entre las olas. Y me hablaron, me gritaron..., ¡ella me dijo que tendría un niño pez!

—¿Un niño pez? ¿Un hombre y una mujer bañándose en alta mar, tan lejos de la tierra? ¡Me parece increíble! ¿No estarás mareada?

—¡Aunque te parezca raro o imposible, resulta que así fue! Tú no me crees nunca nada... —le dijo Clemencia, llorando. Y salió de la cabina dando un portazo.

Esta fue la primera pelea del joven matrimonio. Pero como se querían mucho, rápidamente se perdonaron el uno al otro por haberse hablado en forma alterada. Y lo sucedido con el frasco de perfume fue un tema que ninguno de los dos volvió a tocar.

“¡Serían unos locos, pasajeros de un yate que no vi!”, se dijo Clemencia, tranquilizándose.

Pasaron los días y el viaje de luna de miel terminó en calma y felicidad. Los recién casados se instalaron en su nuevo hogar y muy pronto Clemencia se dio cuenta de que estaba embarazada.

A los nueve meses, como es normal, nació la guagua.

—Es un precioso niño, señora —le dijo el médico en cuanto lo vio. Y como se hace siempre con los recién nacidos, le dio una palmada en las nalgas para que se pusiera a llorar y a respirar. Pero el niño, en vez de llorar, comenzó a ponerse azul primero y luego morado.

—¡Pronto, oxígeno! —gritó el doctor—. ¡El niño se asfixia!

Las enfermeras corrieron y en un minuto el niño estaba conectado a un balón de oxígeno. Sin embargo... ¡horror!, aun así se ahogaba. El médico, nerviosísimo y sin entender lo que pasaba, comenzó a examinarlo entonces por todas partes con gran cuidado. De pronto, detrás de las orejas le descubrió unas aletitas muy raras.

—¡Ajá! —dijo, y gritó—: ¡Agua! ¡Agua! Tráiganme un gran recipiente con agua... ¡Rápido, que se ahoga!

Todos se afanaban obedeciendo la orden del médico, aunque no entendían nada. Le trajeron, así, un enorme balde lleno de agua, y de inmediato el doctor sumergió en él al recién nacido, con cabeza y todo. Lentamente, la guagua, que a estas alturas estaba con la cara casi negra por falta de respiración, comenzó a cambiar de color debajo del agua y se puso rosada. Luego dejó de agitarse,

cerró los ojos y se durmió plácidamente.

Las enfermeras miraban absolutamente atónitas. Y Clemencia, que desde su camilla no podía ver lo que sucedía, alarmada por el súbito silencio le preguntó al doctor:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa con mi guagua?

El doctor se le acercó y, tomándole una mano, le dijo gravemente:

—Señora, su hijo ya está bien, pero siento decirle algo que la va a impresionar... El niño no tiene pulmones, sino que branquias, como los peces... En todo lo demás es sano e igual a nosotros.

En ese instante, Clemencia recordó, como si hubiese sido ayer, lo sucedido con el frasco de perfume vacío cuando lo arrojó al mar. Su corazón dio un vuelco y casi dejó de latir. ¡No podía ser! ¡Era una pesadilla, un sueño malo! Pero allí estaba su hijo, vivo y con branquias, respirando en el balde, debajo del agua. ¡No era un sueño...!

Carlos y Clemencia eran valientes, por lo que tomaron esta desgracia con fuerza y calma. Empezaron por vender la cuna que habían preparado y comprar en vez de ella una gran pecera, que instalaron sobre una mesa al lado de su cama. Clemencia, para no sentirse tan rara, la cubrió con unas cortinas celestes, adornadas con flores

y vuelos. Cuando sus amigas venían a verla, ella las corría y mostraba orgullosa a su hijo que dormía tranquilamente en su colchón de plástico al fondo de la pecera.

—Se llama Delfín —les decía—, como su abuelo.

Lo más complicado para ella era cuando tenía que amamantarlo: estaba obligada a meterse con él dentro de la tina del baño, con el agua hasta el cuello. Carlos, para levantarle el ánimo, le había regalado una colección de trajes de baño.

Delfín crecía muy rápido. Tenía una mirada vivaz, parecía muy inteligente. En vez de decir agú, como todas las guaguas, sacaba la cara del agua y decía gugú, gugú, cuando su mamá lo miraba. Al cumplir un año, ya casi no cabía en su pecera.

—¡Habría que hacer una piscina en el jardín! —dijo Carlos.

—Y comprarle algún pez para que lo acompañe, ¡no tiene con quién jugar! —agregó Clemencia.

—Sí —aprobó Carlos—, le regalaremos un cardumen de peces de colores. Serán sus mascotas.

Verdaderamente, la vida no era fácil para Delfín ni para sus padres.

—¡Se me está arrugando la piel de tanto estar con él en el agua! —se quejaba Clemencia.

—¡Y yo no dejo nunca de estar resfriado! —agregaba el padre, que muchas veces en la noche tenía que tirarse al agua para ir a ver a su hijo cuando este sacaba la cabeza del agua y lloraba.

Un día decidieron consultar al mejor médico especialista en trasplantes para saber si podría operar a Delfín y ponerle pulmones de hombre.

—¡Imposible! —les dijo el doctor—. ¡No se puede poner pulmones a alguien que no los ha tenido nunca!

Entonces, sin más esperanzas, Carlos y Clemencia decidieron irse a vivir al lado del mar, a una casa en la playa.

Llevaron todos sus muebles y ropas en un camión, y en otro, que tenía un gran estanque de agua atrás, a Delfín con sus peces de colores. Al llegar, los echaron al mar, muy asustados de que a Delfín no le conviniera el agua salada, pero a este, igual que a los salmones, le gustó tanto esa agua como la dulce a la que estaba acostumbrado.

La vida, entonces, cambió bastante para Delfín: tenía un enorme espacio para nadar; el mar estaba lleno de peces con los que se entretenía y recogía conchas del fondo, que luego regalaba a

su madre.

Clemencia, cuando lo veía asomar la cabeza entre las olas, le gritaba desde la ventana de su casa en la playa:

—¡Hijo, no te alejes! ¡Cuidado con los pulpos! ¡No te vayas muy al fondo!

Lentamente, y a medida que crecía, Delfín comenzó a hablar. Al principio lo hacía entrecortadamente, como un tartamudo, porque no podía estar mucho rato con la cabeza fuera del agua. Pero poco a poco aprendió a contener la respiración y a estar más tiempo al aire en la playa, igual que los buceadores que aguantan mucho rato debajo del agua. Claro que a veces se interesaba mucho en una conversación, se le pasaba el tiempo y comenzaba a ponerse morado. Entonces, su padre tenía que tomarlo de la mano y llevarlo a toda carrera hasta el agua.

—¡No vuelvas nunca más a hacer esta gracia! —le decía Carlos, retándolo, mientras Delfín desaparecía en la espuma.

—¿Por qué habré nacido así, mamá? —le preguntaba casi todos los días a Clemencia—. ¿Por qué soy distinto a todos los hombres?

Y su madre, que no quería contarle a Delfín de la maldición de la sirena para que este no le

echara la culpa a ella, le contestaba siempre:

—¡Ay, hijo!, porque Dios lo permitió, porque Dios lo permitió...

Cuando Delfín se convirtió en un joven grande y buenmozo, lo único que quería era estar más y más tiempo fuera del agua. Muchas veces salía del mar y llegaba corriendo hasta la casa de sus padres, donde se sentaba en el living imaginándose que era como todos los humanos.

—Me aburro con los peces, mamá, ¡son tan silenciosos! —le decía a Clemencia.

Para poder conversar más rato con sus padres y respirar sin dificultad tenía un gran recipiente con agua al lado de su sillón, y cada dos o tres minutos metía en él la cabeza. También había descubierto que los días de lluvia podía permanecer más tiempo al aire libre, fuera del mar. Le bastaba con bajar la cara y dejar correr la lluvia por las aletas detrás de sus orejas para oxigenarse.

Pero la verdad es que Delfín era un joven triste.

—¡Nunca podré tener amigos, ni en la tierra ni en el mar! —se decía apesadumbrado.

Carlos y Clemencia se entristecían al oírlo.

—¿Qué será de él cuando nosotros le faltemos? —se preguntaban acongojados.

Mas una mañana en que madre e hijo nadaban

por la orilla del mar, Clemencia notó que Delfín estaba más animado que de costumbre.

—Me alegra verte tan contento, hijo —le dijo mientras braceaba.

—Mamá... es que... ¡creo que estoy enamorado!

—¿Enamorado? —dijo Clemencia y de la impresión casi se hundió.

—Sí, mamá, estoy terriblemente enamorado...

—¿Cómo? ¿De quién? —le gritó ella, angustiada, pensando que se había enamorado de alguna corvina.

—Ya hemos conversado tres veces...

—¿Conversado? ¿Dónde? ¿Cómo? Y... ¿quién es ella? —lo atiborró de preguntas Clemencia.

—Es esa muchacha rubia que se pasea en las tardes por la playa... ¡Se llama Estela!

—¡Uffff! —respiró la madre, aliviada al saber que a su hijo le gustaba una mujer y no un pez. Pero inmediatamente se dio cuenta de que el asunto era terrible para Delfín.

—¿Y ella... sabe cómo eres tú? —le preguntó suavemente.

—No, mamá... Hemos conversado muy poco, porque a mí con los nervios de estar junto a ella se me acaba la respiración muy luego, y tengo que correr al agua...

Clemencia no supo qué contestarle y siguieron nadando en silencio, aunque ella quedó tremendamente preocupada.

Por su parte, Estela, la joven que Delfín amaba, estaba muy intrigada.

—Conocí a un tipo fantástico —le contaba a una amiga. Creo que me enamoré al verlo, pero... ¡es muy raro!

—¿Por qué muy raro? —le preguntó la amiga, curiosa.

—No sé... Anda todo el día en traje de baño metiéndose y saliendo del agua sin parar. Conversa dos o tres minutos y ¡pum!, corre y se lanza al mar. No está nunca tranquilo...

—¿Será hiperquinético? —le dijo la amiga.

—No, tonta, no es eso. Lo que me extraña es que siempre está en la playa al borde del mar, incluso cuando está lloviendo. Y ahora que lo pienso, cuando llueve es cuando más lo veo...

—¡Ja! ¡Ja! —se rio la otra niña—, ¡tendrás que pololear con un paraguas!

Pero a Estela no le hizo ninguna gracia la broma y siguió callada y pensativa.

Pasaron los días y Delfín y Estela conversaban cada vez un poquito más. Cuando llovía sus paseos eran más largos y llegó un momento en que

Estela, efectivamente, iba con un paraguas en una mano, mientras daba la otra a Delfín. Este iba a su lado a cabeza descubierta y siempre en traje de baño. El joven estaba enfermo de amor por Estela, pero no se atrevía a contarle su secreto. Ella lo encontraba raro y excéntrico a más no poder, pero también se había enamorado perdidamente.

Un día Clemencia llamó a Delfín desde la orilla y cuando este apareció le dijo:

—¡Esto no puede ser! ¡No puedes engañar así a esa niña, hijo! ¡Tienes que contarle la verdad!

—Mamá, no querrá saber más de mí... ¡Y yo no podría vivir ni un solo día sin verla!

Clemencia, con el corazón destrozado, tomó una determinación: ella iría a hablar con Estela. No estaba bien engañar así a una pobre muchacha... La abordó una tarde en la playa y, haciendo un gran esfuerzo, le contó toda la historia de su hijo nacido pez, aunque sin mencionarle tampoco a ella la maldición de la Sirena Reina.

Estela la escuchó en silencio y luego se puso a llorar a mares. A Clemencia se le paralizó el alma.

“Dios mío. Dios mío... —pensaba—, no querrá ver más a mi hijo... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué se lo habré dicho?”

Pero se equivocaba. Estela, después de llorar

unos veinte minutos, levantó la cabeza y le dijo:

—Yo lo amo. Y me casaré con él, sea hombre o pez...

Las dos mujeres se abrazaron. Luego, Estela se fue a poner un traje de baño y se lanzó corriendo al agua.

—¡Delfín! ¡Delfín! Amor mío, ¿dónde estás? ¡Delfín! Amor mío, ¡lo sé todo! ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Cómo habrás sufrido todo este tiempo! —gritaba Estela.

Apareció, entonces, Delfín entre dos olas. Y ambos se besaron llorando de alegría y decidieron fijar fecha para la boda.

Luego salieron del agua a contarles a Carlos y a Clemencia. Delfín, que ya no necesitaba disimular más ante Estela, pudo respirar delante de ella metiendo la cabeza en un gran recipiente de agua. De esta manera celebraron el compromiso junto con los padres durante casi toda la noche.

Carlos los felicitó diciéndoles:

—De regalo de bodas les daré un yate. Podrán vivir todo el tiempo en el mar y todo les será más fácil...

Así fue como Delfín y Estela se casaron y partieron a vivir navegando por los mares. Ella barría la cubierta cantando, mientras él se sumer-

gía en busca de peces. A veces se encontraban con otros yates, cuyos tripulantes al verla a ella sola manejando el timón le gritaban:

—¡Eh! ¿Quieres compañía?

—No, gracias..., tengo a mi marido y me basta —contestaba ella.

Delfín, entonces, oyendo esas conversaciones, subía rápidamente al yate conteniendo la respiración y se quedaba al lado de Estela hasta que el otro barco se alejaba.

Durante las tardes calmas en alta mar, Estela se apoyaba en la baranda a mirar la puesta de sol mientras Delfín bajaba a las profundidades. Subía luego cargado de regalos para ella: un día una ostra con perla, otro día un coral rojo, otro alguna estrella de mar de brillantes colores, cosas todas con las que ella se adornaba. A veces nadaban juntos si el tiempo estaba bueno. Los días muy fríos, desde la distancia se contemplaban.

Y de esta manera, la vida transcurría para ellos con tranquilidad y calma. Eran todo lo felices que podían ser viviendo ella arriba del barco y él en el agua.

Pero un día se desencadenó una horrible tormenta. Los truenos rugían, las olas con el viento bramaban, y levantaban el yate muy alto sobre

sus crestas espumosas para lanzarlo luego con toda su furia hacia un negro abismo de aguas. Tan mala se puso la cosa que Delfín, viendo desde el agua que la embarcación naufragaría en cualquier momento, le gritó a Estela:

—¡Salta al mar! ¡El yate se va a hundir!

Ella se lanzó sin pensarlo dos veces y una vez en el agua sintió que su marido la abrazaba sujetándola por sobre las olas que trataban de sumergirla con una fuerza salvaje. Se alejaron unos metros nadando dificultosamente y luego, al volverse para mirar, vieron que su yate era tragado como una pajita por una inmensa ola.

Después de horas y horas de furia, la tormenta lentamente se fue calmando. Al fin, el mar quedó convertido otra vez en una llanura apacible y el cielo en una bóveda celeste.

Estela en ningún momento había pasado susto: siempre supo que su querido Delfín, hombre pez, estaba allí para protegerla. Mientras las olas se agitaban, él la había sostenido sobre ellas con más fuerza y seguridad que el mejor flotador. Pero ahora que los dos, de espaldas en el agua y con los ojos semicerrados, descansaban, Estela pensaba con pena en su yate desaparecido, al que había llegado a querer como a su propia casa.

Adivinando su tristeza, Delfín la consoló:

—No te inquietes. Construiré uno mejor, al que ninguna tormenta podrá hundir.

Y agregó:

—Ahora trataremos de llegar a tierra. Yo te ayudaré. Creo que no estamos muy lejos.

Pero con respecto a esto último, Delfín se equivocaba. Pasaron uno, dos, tres días y no avisaban tierra ni barcos. Delfín no tenía ningún problema, porque como hombre-pequeño que era, no necesitaba tomar agua. Mas Estela, pese a los pescados que su esposo le traía para que se alimentara y que ella tenía que comerse crudos, comenzó a morir de sed.

—Delfín..., daría cualquier cosa por tomar agua. Sueño con agua cada vez que me duermo, con jugos de naranja...

—Estela..., ten paciencia y no pienses en lo imposible...

Pero la joven estaba exhausta. Su piel tenía el color de un camarón, tostado; su cara apenas dejaba aparecer los ojos, tan hinchada estaba. Le daba frío en las noches y en el día se asaba. Delfín la llevaba casi todo el tiempo a horcajadas en sus hombros, nadando poderosamente. Pero cuando se sumergía a pescar o cuando descansa-

ba, Estela tenía que ponerse a flotar y la sal del agua en su piel le ardía terriblemente y se le hacía insoportable.

—¡Oh, Delfín querido! —se quejaba—. No resisto más. ¡Odio el mar, odio las olas, odio estar empapada! Mi cuerpo está entumecido, mi piel arde, tengo la garganta seca como un desierto. ¡Yo no puedo, como tú, vivir en el agua!

—Estela... ¡querida!, aguanta un poco. Ya luego encontraremos un barco o llegaremos a alguna playa...

Transcurrido otro día más, la joven creyó que se moría:

—Agua..., agua..., Delfín..., ¿no ves que me estoy muriendo? —le dijo, con un hilillo de voz y los labios todos partidos.

—Amor mío..., bajaré hasta el fondo del mar y te traeré unos mariscos llenos de jugo. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Mientras tanto, por favor... ¡aguanta!, ¡aguanta!

Y dejándola flotando sobre el mar, Delfín se sumergió en las profundidades oceánicas dispuesto a bajar miles de metros y pelearse con pulpos, peces espadas o tiburones, con tal de encontrar algún marisco jugoso para su mujer, que se moría. Pero allí el mar era muy hondo. Tan hondo hacia

abajo como la montaña más alta del mundo sube hacia el cielo. Bajó y bajó por las aguas que se ennegrecían y helaban, hasta que, a tientas, como un ciego, llegó al fondo del mar. Allí había menos luz que en la más oscura de las noches de la tierra. Palpó con sus manos la arena y las rocas desnudas. Buscó y buscó. De pronto, en el hueco de una piedra, sintió algo que le pareció una gran ostra. La cogió rápidamente y comenzó a subir con ella hasta la superficie. Iba llegando ya a la luz de arriba, cuando vio a Estela que, desmayada, venía hundiéndose. Desesperado, la tomó en sus brazos y, pataleando con todas sus fuerzas, la subió con gran dificultad hasta sacarle la cabeza fuera del agua. Ella entonces respiró profundamente, abrió apenas los ojos y susurró:

—Agua..., Delfín, agua...

La angustia de Delfín no tenía límites. Estela se moría... ¡y era por su culpa!

—No te mueras, Estela, te traje agua —le dijo, y tomando del bolsillo de su traje de baño lo que había traído desde el fondo del mar, se aprontó a abrirlo con un cuchillo, pero... ¡horror de horrores! ¡A la luz del sol, lo que había creído un marisco al palparlo abajo, resultaba ser un pequeño y viejísimo frasco de vidrio! ¡Una basura tirada

de un barco!

Delfín, ahora, estaba absolutamente desesperado. Levantó un brazo para arrojar lejos el frasco, cuando Estela dio un débil grito:

—¡No, Delfín, no lo tires...! ¡Tiene agua!

Efectivamente, el frasco todo manchado y rayado estaba lleno de un líquido transparente.

—¡Será agua de mar! —dijo Delfín, desconsolado—. ¡Pero la probaré de todas maneras! Es el último recurso que nos queda...

Y abriendo el frasco con mucho esfuerzo, porque la tapa estaba muy apretada, se lo puso entre los labios, mojándose con el líquido la punta de la lengua.

—¡Es agua dulce, Estela, es agua dulce! —gritó, maravillado.

Entonces, levantando un poco la cabeza de su mujer, que flotaba de espaldas a su lado, le dio de beber un trago y luego se la quedó mirando. Ella movió los párpados y sonrió, como aliviada. Pero un instante después comenzó a ponerse celeste, azul, morada...

—¡Se muere! —gritó Delfín, con una voz desgarrada—. ¡Qué veneno le he dado...!

—¡Delfín, Delfín! ¡Me ahogo! —habló Estela, con la voz entrecortada.

—¡Querida mía, te tengo entre mis brazos! ¡No te puedes ahogar, estás con la cabeza fuera del agua!

—Me ahogo, no puedo respirar, me muero, ayyyy... —gimió Estela. Y con un brusco movimiento de desesperación, se soltó de los brazos de su marido y cayó de bruces al mar, hundiéndose por completo.

—¡Estela! —gritó él, enloquecido. Y se sumergió tras ella.

Lo que vio Delfín entonces no lo olvidó en todos los días de su existencia: Estela había recuperado la vida bajo el agua y venía nadando hacia él como un pez. El color rosado había vuelto a sus mejillas, el brillo a sus ojos, la risa a sus labios. No podía creer lo que veía: ¡era como un milagro!

Una vez a su lado, ella lo abrazó, y le dijo al oído:

—Amor mío..., ¡respiro!; ahora respiro debajo del agua...

Justo en ese momento pasó al lado de ellos la Reina de las Sirenas. Estaba muy vieja y muy canosa, pero ya se le había pasado el ataque de rabia contra la madre de Delfín.

—Bebiste el elixir de las sirenas —dijo, dirigiéndose a Estela. Y luego refunfuñó—: Lo

que no me explico es cómo el Rey Tritón llegó a llenar el frasco... ¡Con lo escaso que está! —Y dando un suspiro se fue nadando lentamente a coletazos cortos.

Delfín y Estela, ahora ambos habitantes del mar, volvieron lo más rápido que pudieron a la tierra lejana donde estaban sus padres. Carlos y Clemencia lloraron de alegría al saber que al fin su hijo tenía una pareja de verdad. Y desde ese día fueron felices.

Los jóvenes instalaron su hogar submarino en una gruta, allí donde rompe la ola grande, al frente de la playa en la que se conocieron. Y guardaron con infinito cuidado el frasco con el líquido encantado en un cofre de nácar, bajo un colchón de algas. Algún día tendrían hijos con branquias, y si alguno de ellos se enamoraba —igual que Delfín— de una jovencita o de un joven en la orilla de la playa, el elixir de las sirenas haría de nuevo milagros.



• 5

EL PESECITO QUE TENÍA SED

HABÍA UNA VEZ, EN EL FONDO DEL MAR, una familia de peces que era muy feliz. Mamá Pez nadaba oronda mientras sus numerosos hijos jugueteaban, se alimentaban y crecían entre las algas y los corales. Todo transcurría en perfecta calma y tranquilidad, hasta el instante en que el más pequeño de los peces dijo a su madre:

—Mamá..., ¡tengo sed!

—¿Sed? —contestó la señora Pez, consternada—. ¡Eso es algo que no conocemos nosotros los peces!

—Tengo sed, mamá, una sed terrible... Daría cualquier cosa por beber un poco de agua dulce.

—¿Agua dulce? —dijo la señora Pez, sin saber mucho lo que era eso—. ¡Déjate de decir tonterías, hijo mío, mejor harías cuidándote del pulpo! —Y molesta, le dio un coletazo.

Pero el pececito seguía con sed. Y tan obsesionado estaba con su deseo de beber que dejó de jugar con sus hermanos, dejó de comer y comenzó a vagar sin rumbo fijo a través de las aguas. Una o dos veces, el pulpo, que lo vio solo, llegó a rozarlo con uno de sus ocho tentáculos. Mas el pececito siguió nadando y nadando, hasta que un día llegó al borde del mar donde, envuelto por una ola, fue arrojado sobre la arena de la playa.

—¿Dónde estoy? —se dijo, aturdido—. ¿Y dónde quedó el agua del mar? ¿Y esa luz tan fuerte que me ciega?... ¡Uy!... No puedo respirar..., me estoy ahogando..., me voy a morir..

Y el pececito tembló, se estremeció y comenzó a sentir una rigidez que le endurecía todas sus escamas.

—¡Ay!, es la rigidez de los muertos... —gimió.

Pero pasaban los segundos y pasaban los minutos, y él seguía respirando, seguía tiritando y no se moría. De repente sintió un cosquilleo extraño. Se miró y vio que dos pequeñas patitas asomaban como por encanto en ambos costados de su vientre: en un dos por tres se encontró de pie. Y entonces, lenta, muy lentamente, comenzó a caminar.

Se demoró mucho en avanzar (“qué lentitud —pensaba—, en el mar todo era mucho más rápido”...) y, después de una larga caminata y cuando ya no daba más de sed, vio agua: un agua dulce, fresca y cristalina que manaba de una vertiente y corría por entre las piedras. Empezó a beber y bebió muchísimo, con un placer inmenso. Cuando ya no pudo más, levantó la cabeza y vio que alrededor suyo había varios animalitos mirándolo.

—¡Vaya sed! —le dijeron.

—Sí —contestó—. Y ustedes, ¿quiénes son?

—¡Cómo que quiénes somos! Tus hermanas, pues...

—Pero si mis hermanos quedaron en el fondo del mar. ¡Yo soy un pez!

—Estás completamente chiflada —le contestaron—. ¿No ves que eres igual a nosotras, una tortuga de carne y caparazón? ¿O quieres hacerte la graciosa?

El pescadito se miró en el agua y se dio cuenta, estupefacto, de que era en verdad una tortuga. Desde entonces comenzó a vivir su nueva vida en la tierra, a calentarse al sol sobre las piedras, a comer hierbas y hojas. Por un tiempo fue feliz y bebió mucha agua.

Pero un día en que caminaba con otras tortugas en busca de un buen lugar donde pasar el invierno, comenzó a desesperarse.

—Qué atroz es esto de caminar tan tan lento... ¿No les dan ganas, a veces, de correr o de saltar? —preguntó a sus hermanas.

—¿Saltar? ¡Qué tonteras andas diciendo! —le contestaron—. ¡Las tortugas no saltan!

—¡Para mí no son tonteras! —alegó con furia. Y diciendo esto, hizo un gran esfuerzo y trató de saltar. Pero todo lo que logró fue darse una vuelta

y quedar patas arriba.

—¿No querías saltar? ¡Ja! ¡Ja! —se rieron las otras—. Da ahora otro salto y ponte de pie; lo que es nosotras, tenemos mucho que caminar... ¡Adiós!

El pececito, que ahora era una tortuguita, no podía más de rabia. Se movía y movía furiosa, balanceándose sobre su caparazón de un lado a otro, tratando de enderezarse. Pero no había caso. Por mucho que agitaba sus patitas, seguía de espaldas en el suelo.

—¿Y qué voy a hacer ahora? —pensó asustada—. Me voy a morir de hambre y de frío aquí, dada vuelta...

Pasaron muchas horas, llegó la noche, llegó el frío de la aurora y la tortuguita seguía pataleando. De pronto comenzó a sentir que su caparazón se ablandaba y que un cosquilleo muy raro le recorría todo el cuerpo.

—Ahora sí que me muero —se dijo—. Me estoy deshaciendo... ¡esto es el final!

Y cerró los ojos, dispuesta a morir.

Pero el final no llegaba. Y si bien sentía escalofríos, tirones y cosquilleos extrañísimos en todo su cuerpo, seguía viva y respirando.

Cuando salió el sol, la tortuguita se miró y vio

que su caparazón había desaparecido, sus patas habían crecido y tenía el cuerpo cubierto de pelos. Ya no era más una tortuga y de un salto se puso de pie.

¡De un salto! ¡Qué maravilla! Ya no caminaría más como una tortuga, tan leentaaaameeente. Su vida cambiaría para siempre.

Se subió a un árbol y comenzó a brincar de rama en rama. Allí encontró animalitos iguales a él y, luego de discretas averiguaciones, supo que él era ahora un mono.

Saltando, brincando y comiendo plátanos todo el día vivió feliz con sus hermanos monos durante meses. Pero una tarde en que estaba sobre la copa de un árbol altísimo, miró hacia abajo y comenzó a sentirse mal.

—¡Uy! Qué miedo estar aquí tan arriba, todo se me da vueltas... ¡Creo que me voy a caer! ¡Amigos, ayúdenme! ¡Ayúdenme a bajar...!

Pero los otros monos, en vez de ayudarlo, comenzaron a burlarse de él y a gritarle: ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¿Dónde se ha visto un mono con vértigo? ¡Cobarde! Y él, en la cima del árbol, estaba cada vez más asustado. Se quedó pegado al tronco, con los ojos cerrados, mientras los otros le lanzaban todo tipo de proyectiles: cáscaras de

plátano, ramas y cuescos. Pasó un tiempo largo aguantando la lluvia de golpes, hasta que los monos, cansados de burlarse de él, se fueron. Pero él siguió arriba sin atreverse a abrir los ojos, aferrado al árbol, tieso de miedo.

—Nunca más me subiré a un árbol —se decía—, nunca más... Quisiera vivir pegado al suelo el resto de mi vida... ¿Cómo voy a bajar de aquí? ¿Cómo voy a llegar vivo al suelo?

Cayó la noche y el monito comenzó a aflojar. Brazos y piernas ya no tenían más fuerzas para sostenerlo en la copa del árbol. Creyó en ese momento que su última hora había llegado.

Pero, entonces, cuando sus miembros se soltaban y él ya se caía, comenzó a sentir —como las veces anteriores— un cosquilleo y un temblor. Su cuerpo se estremecía con tal fuerza que todo el follaje del árbol se movía como empujado por el viento. Los pelos de sus patas y manos se caían, el cuerpo entero se le transformaba. Se convirtió al fin en un ser largo largo, sin manos ni patas, que se deslizó enroscado por el tronco del árbol hasta el suelo.

—Por lo menos ya no me podré caer —fue lo primero que se dijo mientras reptaba—. ¿Quién seré ahora? ¡Qué raro me siento en este cuerpo

tan largo y tan frío!

No pasó mucho tiempo antes de que se encontrara con otras serpientes y supiera así, por ellas, quién era él ahora. Y gozando de la seguridad que le daba el suelo, comiendo huevos de pájaro y ratones de campo, vivió contenta y sin vértigo su nueva vida de serpiente durante muchísimos días.

Mas un día estornudó.

—Eso es alergia al polvo —dijo un escarabajo que por ahí pasaba.

Y la serpiente siguió estornudando y estornudando. El contacto con el suelo, con la tierra y con el polvo llegó a desesperarla. Dejó de reptar y de arrastrarse. Pasaba los días y las noches subida a una roca pelada, hecha un nudo, y aun así estornudaba. Dejó de alimentarse. Tenía los ojos rojos y la nariz hinchada. Era el hazmerreír de las otras serpientes que pasaban al lado suyo burlándose con sus silbidos.

—No es vida vivir arrastrándose por el polvo... ¡Qué asco! ¡Qué tormento! —se lamentaba.

Debilitada por la falta de comida y desmoralizada, a más no poder, se echó a morir.

Pero entonces la sacudió un escalofrío que la recorría de cabeza a cola. Tanto tiritaba que daba

grandes saltos, y en uno de ellos se cayó de la roca... ¡horror!, al suelo, sobre el polvo y la tierra. Estornudó, se retorció, se estremeció y su cuerpo empezó —una vez más— a cambiar de forma. Cayeron sus escamas y en su lugar le crecieron pelos largos y brillantes, unos bigotes enormes y una sedosa cola. Y cuando cuatro patas terminadas en garras la levantaron del suelo, sobre ellas salió corriendo a toda carrera, alejándose de ese lugar polvoriento.

Atravesó el bosque y llegó a una ciudad donde ya no había tierra en el suelo, sino baldosas y cemento. Allí se sentó en la vereda, a limpiarse con la lengua hasta el último grano de polvo adherido a sus patas.

—¿Quién seré ahora? —se preguntó.

—Oh, ¡qué gatito tan lindo!... —dijo una vieja señora que pasaba por ahí. Y se lo llevó a su casa.

Vivió el gato muy limpio y feliz con la viejita durante un mes. Dormía sobre cojines y caminaba por alfombras. Lejos habían quedado el polvo y los estornudos de cuando era serpiente y todo fue perfecto, hasta un día en que, asomado a la ventana, vio a un pájaro que pasaba volando.

—¡Oh, qué maravilla! —se dijo el gato—, si yo pudiera volar así sería el ser más feliz del

mundo. ¡Qué ridículos son mis saltos comparados con ese vuelo! ¿Y si tratara de volar? Yo llegaría tal vez más alto que todos los pájaros del mundo...

Entonces, sin más, se lanzó por la ventana desde el tercer piso de la casa.

—¡Ayy! —gritó la vieja dama—. ¿Qué has hecho, gatito? Te vas a estrellar en el suelo..., ¡qué espanto!, ¡morirás! —Y bajó corriendo las escaleras hasta salir a la calle.

Pero el gatito... ya no era un gato, por lo que la viejita, ni vivo ni muerto, pudo encontrarlo jamás. Al ir cayendo le habían crecido alas, los pelos se le habían vuelto plumas y, aligerado así su cuerpo, volaba ya lejos lejos, más allá de la ciudad y de las nubes.

—¿Quién seré ahora? —se preguntó el gato mientras aleteaba sintiéndose poseído por una felicidad total.

Y entonces lo alcanzó una bandada de golondrinas, rodeándolo, y como ninguna lo miró siquiera, él se dio cuenta de que ahora era una de ellas. Voló con las golondrinas de un país a otro siguiendo la primavera. Lejos había quedado el tiempo en que era gato, o el tiempo en que era serpiente, o el tiempo en que era mono, o el tiem-

po en que era tortuga, o el tiempo en que era pez. Hasta que llegó una tarde en que el pescadito, que ahora era golondrina, se quedó mirando las estrellas que comenzaban a aparecer en lo alto.

—Estás volando muy lento, ya cae la noche y todavía tenemos que encontrar un lugar donde dormir. Te quedarás atrás —le dijeron las otras golondrinas.

—Es que no puedo dejar de mirar hacia arriba y de pensar en lo que habrá detrás de las estrellas. Volamos tan bajo...

—Tan arriba no se puede llegar. Olvídate de las estrellas y no te quedes rezagada. Sola, morirás...

—No puedo seguir... Tengo que subir. Esta misma noche tengo que subir y alcanzar las estrellas...

Y, dejando abajo a sus hermanas, remontó por los aires, cruzó las nubes y siguió subiendo, hasta que sus alas ya no tuvieron aire que batir y la oscuridad la envolvió por completo. Entonces comenzó a perder altura y a caer.

Caía y caía vertiginosamente. Había descendido tanto que estaba ya por estrellarse contra un picacho, cuando un escalofrío la estremeció. Sintió que su cuerpo se aliviaba y que sus alas

le pesaban menos y menos. Se miró y no se vio el cuerpo.

“¿Y qué es esto ahora?”, pensó. En ese momento oyó un coro de voces que parecía venir de una altura mayor que la de las estrellas y que lo llamaba:

—“¡Ángel! ¡Ángel! ¡Ven acá! ¡Sube! ¡Sube!”.

Más rápido que la luz subió, pasó la luna, el sol, y llegó donde un millón de ángeles radiantes como él que volaban de estrella en estrella.

Y como uno más de ellos, con un cuerpo de luz pura, vivió lejos de la tierra durante un tiempo que no se puede contar en días ni en noches ni en años.

—Ahora sí que me quedaré tal cual soy —se dijo el ángel—. ¿Qué más podría ya desear?

Pero una vez más se equivocaba. Porque llegó un día en que experimentó un vacío tremendo en el estómago y, sintiéndose muy débil, comenzó a quejarse...

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntaron los otros ángeles—. Tu luminosidad se está apagando y te estás poniendo muy pálido...

—¡Ay!..., es que me siento tan mal..., tengo como un hueco en la barriga, creo que... tengo hambre. Sí, hambre..., hambre es lo que tengo.

—Cómo... ¿un ángel con hambre? Si nosotros no tenemos estómago..., eso no nos puede suceder...

Pero a estas alturas, el ángel, de tanta hambre, ya se había desmayado.

Los otros, entonces, turbados a más no poder, lo tomaron en sus brazos y corrieron hacia San Pedro.

—Señor... ¡Parece que este ángel se ha enfermado!

San Pedro lo miró, se rascó la barba, lo volvió a mirar, se rascó la cabeza y les habló:

—Lo que pasa es que desde el comienzo aquí hubo un error, porque resulta que este ángel no es ángel...

—¿Cómo que no es ángel?

—No, no lo es. En realidad, toda su vida ha sido una equivocación. Él tampoco fue pez, ni tortuga, ni mono, ni serpiente, ni gato, ni golondrina...

—¿Y qué es entonces? —le preguntaron los otros, asombrados.

—En verdad, él ha sido siempre, es y será... un hombre. Sí, un hombre. Porque solamente un hombre puede vivir deseando ser algo distinto a lo que es. Y ahora... llévenlo adonde tiene

que estar.

Los ángeles tomaron, entonces, al desvanecido, descendieron con él y lo depositaron en la plaza de una bella ciudad.

Se despertó tendido en el pasto, a la sombra de un árbol. A su lado, una joven preciosa lo miraba comiendo una manzana.

—¿Y quién seré esta vez? —se preguntó en voz alta, mientras examinaba su nuevo cuerpo.

—¡Cómo! ¿Que quién eres? —le contestó la joven riéndose—. Tú eres Juan... mi novio, y has dormido una larga siesta.

—Tengo un hambre terrible —le dijo Juan.

—Toma esta manzana y vamos. Ya es tarde —contestó la joven.

Y Juan partió con ella mordiendo la manzana, feliz, olvidado ya de su sueño.

Llegaron junto a la fuente de la plaza. Unos peces rojos, con aletas azules y verdes, nadaban en sus aguas transparentes. Juan se los quedó mirando extasiado y dijo de pronto a su novia:

—¡Qué maravilla! ¡Qué ganas me dan de ser un pez... ¡Míralos como nadan!

—Sí —le contestó ella—, pero imagínate que una vez vuelto pez y sumergido en el agua te diera... ¡sed!..., ¿qué harías?



• 6

EL BOSQUE ANDANTE

UNA TARDE EN QUE DEMETRIO se entretenía a solas en el bosque cercano a su pueblo buscando nidos de pájaros e insectos raros, se fue internando en la espesura más de la cuenta. Cuando el sol pareció perderse en el follaje y sus rayos apenas llegaban hasta el suelo negro de hojas, Demetrio miró la penumbra que lo rodeaba y descubrió que se había perdido. Pero como era un muchacho seguro de sí y orgulloso, no se asustó en absoluto; en cambio, sintió sed. Echó mano, entonces, a la cantimplora de plástico que llevaba colgada del cinturón: para su sorpresa, la halló completamente vacía. La examinó por todos lados hasta que descubrió una grieta por donde el agua se había escurrido gota a gota sin que él se diera cuenta.

La sed de Demetrio, ahora que no podía saciarla, aumentó en forma violenta. Pero en vez de tratar de volver al pueblo, el muchacho siguió adentrándose en el bosque, pues creyó oír —no lejos de donde estaba— un sonido de agua que corría. A cada paso que daba, más claro escuchaba el ruido inconfundible y maravilloso de un arroyo y más crecía su sed. Pero los árboles gruesos y tupidos no querían dejarlo avanzar, y cruzaban ante él una infinidad de ramas y asomaban enor-

mes raíces con las que frecuentemente tropezaba.

Sin embargo, la obstinación del muchacho fue mayor que los obstáculos que el bosque ponía en su camino. Así, luego de mucho esforzarse, de caer una y otra vez, de rasmillarse rostro, piernas y manos logró al fin apagar su sed. Había llegado a una vertiente cantarina que llenaba una gran fuente con el agua más fresca y exquisita que Demetrio había probado en su vida.

Después de beber hasta hartarse, se puso a jugar, en cuclillas, al borde de la fuente. Hundía sus brazos en el agua, sacaba guijarros del fondo y los lanzaba para que rebotaran en la superficie líquida.

De repente, algo lo hizo quedarse inmóvil.

En las sombras y en el silencio del atardecer le pareció ver que los árboles que lo rodeaban se estremecían, movidos por un fuerte viento. ¡Pero no soplaba ni una brisa! Algo rozó su nuca y Demetrio, aunque no era asustadizo, sintió que su corazón daba un vuelco. Se dio vuelta y vio que una rama de hojas negras se balanceaba, amenazante como un sable, sobre su cabeza.

El muchacho llenó rápidamente su cantimplora en la fuente, olvidando que estaba rota, y se levantó para emprender inmediatamente

el regreso a su casa: los árboles habían logrado amedrentarlo.

El camino de vuelta le pareció despejado. Ya no tropezaba a cada paso en las raíces, ni las ramas se cruzaban frente a él como para detenerlo. Pese a esto, sentía una extraña sensación: habría jurado que lo estaban siguiendo. Armándose de valor, de tanto en tanto se volvía para comprobar, con alivio, que detrás suyo solo había árboles y más árboles. ¡Nadie lo seguía!

Buscando y buscando su camino llegó, cuando ya anochecía, al linde del bosque; dio un suspiro muy hondo y salió a la pradera. Pero entonces escuchó un estruendo a sus espaldas, como el de ramas y troncos que se estuvieran quebrando. Se volvió, sobresaltado, y vio con horror que una fila de árboles salía del bosque y caminaba tras él por la pradera. Traqueteaban moviendo sus raíces como si fueran piernas retorcidas y se bamboleaban igual que gigantes borrachos.

Demetrio, loco de miedo, se puso a correr a todo lo que daban sus piernas, pero su precipitación fue tal que tropezó y cayó de boca al suelo. La cantimplora que llevaba colgada del cinturón saltó, se estrelló contra una piedra y, partida en dos, derramó el poco de agua que le

quedaba. Medio atontado, el muchacho sintió temblar el suelo con el peso de los árboles que se acercaban. Se puso en pie y, despavorido, siguió su loca carrera.

Corrió y corrió por el campo abierto. Cuando ya no daba más de tan cansado, oyó relinchar a un caballo y ladrar de perros, y esos ruidos familiares lo tranquilizaron a tal punto que se animó a detenerse para recuperar el aliento. A la vista de las luces del pueblo que empezaban a encenderse igual que todos los días, Demetrio dudó de lo que acababa de vivir; pensó que quizás la penumbra del anochecer y la soledad lo habían hecho imaginar cosas extrañas. ¡Cómo se reirían de él en su casa si llegaba a contar que una hilera de árboles lo perseguía!

Volvió la cabeza y miró hacia atrás para convencerse de que había delirado, pero lo que vio hizo que sus piernas temblaran y que un escalofrío recorriera su espalda: un grupo de árboles enormes y oscuros había hincado sus raíces en la pradera, justo en el lugar donde se había caído y su cantimplora había derramado el poco de agua. Y estaban tan quietos como si hubieran crecido ahí desde siempre.

Demetrio echó a correr de nuevo, ahora sin

parar. Llegó por un sendero al camino de tierra y por este a la callejuela iluminada donde vivía. Entró a su casa como una tromba. Su madre, que estaba preparando la comida, lo reprendió por su tardanza.

—Mamá, ¿no sabes lo que me ha pasado!  
—exclamó Demetrio, sin aliento.

Y tartamudeando como una rana, le contó a ella y a sus hermanos los detalles de su terrible aventura.

De más está decir que nadie le creyó. Su madre golpeó cariñosamente su hombro como diciendo “otra vez tú y tus sueños” y sus hermanos solo se burlaron de él.

—¡Árboles que caminan! ¿No te fijaste si tenían también colmillos y cuernos?

—¿No serían brujas harapientas?

—¿O dragones con plumas?

La llegada del padre, a quien todos tenían mucho respeto, cortó de golpe las burlas y Demetrio se fue a la cama, herido en su vanidad y todavía muy asustado.

A la mañana siguiente se levantó al alba y corrió a casa de su mejor amigo para contarle su historia. ¡Él sí que creería!

Pero se equivocaba: ni su amigo ni ningún

otro habitante del pueblo creyeron su historia. Y tampoco quisieron acompañarlo a la pradera a ver el lugar donde los árboles se habían detenido. Ganó, en cambio, fama de inventor de historias locas para hacerse el interesante.

Demetrio, que como dijimos era muy orgulloso, reaccionó ante la incredulidad general y las burlas y se puso furioso. Y juró que se vengaría demostrando con pruebas tremendas la verdad de los árboles que caminaban.

Así fue como tres días después, tomó la cantimplora nueva de su hermano y, sin decir nada a nadie, partió otra vez al bosque.

A pesar de su furia y de sus ganas de desquitarse, iba bastante asustado. ¿Qué pasaría si los árboles lo reconocían? ¿Tratarían de aprisionarlo con sus ramas? Llegó al linde del bosque y tranquilizado al ver la quietud de la espesura, respiró hondo y se adentró decididamente.

Avanzó con dificultad sorteando los mil obstáculos que la naturaleza parecía ir poniéndole, y después de muchos golpes y caídas, llegó una vez más hasta la gran fuente donde se apresuró a llenar la cantimplora.

Era casi de noche cuando Demetrio, muy cansado, salió al fin del bosque. Destapó la can-

timplora y se encaminó hacia el pueblo, dejando caer gotitas de agua a cada paso.

Los árboles no se hicieron esperar. Como la vez pasada, una larga fila india de inmensas encinas, robles y eucaliptos salió del bosque y se puso a seguirlo, haciendo temblar la tierra. El joven, a su vez, temblaba de miedo, pero más fuertes eran las ganas que tenía de mirar al pueblo atónito cuando lo vieran llegar a la cabeza de esos gigantes verdes. Atravesaron la pradera, llegaron al camino de tierra y se dirigieron por él hacia el pueblo, que ya empezaba a iluminarse con sus faroles. Demetrio no dejaba de verter, a cada paso, una gota de agua de la fuente, calculando que esta le alcanzaría hasta llegar a la plaza. Y los árboles, como si fueran gallinas a las que hubiera ido atrayendo con granos de maíz, le seguían obedientemente.

Pero al entrar al pueblo se produjo la hecatombe: las raíces, gigantescas y durísimas, rompieron el empedrado de las calles, y los tremendos golpes de los pasos derribaron faroles y murallas. ¡Era peor que un terremoto! La gente, aterrorizada, salió gritando de sus casas, pero Demetrio, ignorando el desastre y feliz con su fenomenal demostración, seguía adelante, impertérrito. Fi-

nalmente, dio una vuelta triunfal alrededor de la plaza para que los árboles se ordenaran en círculo, dejó caer la última gota de agua y se detuvo. Así, mientras muros, veredas y faroles parecían haber sido bombardeados, la plaza del pueblo, donde solo unos minutos antes se elevaban unos pocos arbustos decaídos, quedó convertida en una explanada de un verde monumental.

Poco le duró el triunfo al pobre Demetrio. El pueblo entero, enfurecido por la catástrofe, llegó corriendo por las calles destruidas y llenas de escombros y se le echó encima vociferando e insultándolo. Querían apalearlo, encarcelarlo; le gritaban que se fuera para siempre; agitaban palos y lanzaban piedras. El muchacho, más aterrorizado ante esa gente enfurecida que ante mil árboles andantes, aprovechó la oscuridad y la confusión, se escurrió como una ardilla y escapó del pueblo, huyendo hacia el bosque. Corrió, cruzó la pradera y, palpando como un ciego, se metió entre los árboles. Nunca supo cómo pudo llegar a tientas hasta la fuente escondida. Y allí, bajo el negro techo del follaje, angustiado y muerto de cansancio, se acurrucó junto a un tronco y se quedó profundamente dormido, arrullado por el sonido de la vertiente.

Al otro día, en la mañana, lo despertaron la tenue luz del sol y una voz dulce y llorosa que gemía:

—¡Ay, mis hijos! ¡Ay, mis hijos!

Demetrio se incorporó de un salto y miró hacia todos lados: no se veía a nadie en el claro que rodeaba la fuente. Caminó unos pasos, desconcertado, y entonces volvió a escuchar la triste voz:

—¡Ay, mis hijos! ¡Ay, mis hijos!

Las palabras sonaban ahogadas, como si fueran dichas tras un velo espeso. Se acercó al borde de la fuente, miró el agua y, asombrado, vio que en la superficie se dibujaba un rostro de mujer, hermosísimo, con los ojos llenos de lágrimas y unos cabellos largos, tan largos que se perdían en las profundidades.

Demetrio estuvo a punto de lanzarse al agua creyendo que la mujer se estaba ahogando, pero pronto cayó en la cuenta de que ella flotaba sin esfuerzo, como una flor acuática o un reflejo.

—Señora, ¿qué le pasa? ¿Por qué llora?  
—balbuceó.

—Soy la Ninfa de la fuente —le respondió ella—. Lloro porque he perdido a mis hijos. —Y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y se fundieron con las aguas azules en que flotaba.

—Señora, por favor... ¡déjeme ayudarla!  
—exclamó el joven, conmovido.

—¿Ayudarme tú? —gritó la Ninfa, enfurecida—. ¡Por culpa tuya, por tu orgullo y vanidad ha pasado esta desgracia! En este mismo momento en tu pueblo están cortando, despedazando y quemando a mis hijos los árboles. Tú los llevaste allá para probar que no habías inventado un cuento y ahora ellos se mueren. —La voz de la Ninfa se quebró, las aguas de la fuente se estremecieron y su rostro se hundió dejando sentir un lamento desgarrador.

—¡No se vaya! ¡Perdón, perdón! —gritó Demetrio, tremendamente arrepentido de lo que había hecho—. ¡Por favor, señora Ninfa, perdóname! Haré lo que me pida para borrar mi falta, ¡lo que me pida!

Las aguas temblaron y reapareció otra vez el rostro de la mujer, rodeada por sus cabellos, como por algas de oro. Lo quedó mirando un rato en silencio y luego dijo:

—Sí. Podrías hacer algo por mí y por mis árboles. Escucha: estos hijos míos que me rodean, ya no me necesitan. Son grandes, sus raíces profundas: podrán vivir solos. Pero más allá de este bosque se extiende un gran desierto, que ni los

pájaros pueden atravesar por lo caluroso que es. En el centro de ese desierto viven unos pobres seres humanos que no saben lo que es la sombra de un árbol. Si tú quisieras llevarme hasta allá en tu cantimplora, dejándome caer gota tras gota en el camino, para alimentar a los hijos que me sigan, ¡crecería un oasis en medio del desierto! ¡Y eso sería una maravilla!

—¡Sí, por supuesto que lo haré! ¡Sí, lo prometo! —se apresuró a declarar Demetrio, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para borrar su falta y consolar a la Ninfa.

—No creas que será fácil —le previno ella—. Al contrario, será una prueba terrible para ti. No podrás beber una sola gota en el camino porque si lo hicieras, mis hijos y yo nunca llegaríamos al lugar donde viven esos pobres hombres. Pero si logras llegar, aunque no sea más que con una gota al fondo de tu cantimplora, en esa gota estaré yo entera, y de ella brotaré de nuevo, igual que en esta fuente. Y a mi alrededor, como aquí, hincarán sus raíces encinas, robles y eucaliptos; con ellos llegarán los pájaros, las nubes y las lluvias, y el centro de ese gran desierto se convertirá en jardín.

Sin pensarlo dos veces, Demetrio se puso a la

tarea sumergiendo su cantimplora abierta en la fuente. Entonces vio maravillado cómo el rostro de la Ninfa y su cabellera desaparecían lentamente a medida que el pequeño recipiente se llenaba. Y cuando cerró la tapa, la fuente ya no tenía rostro.

Para salir del bosque, el muchacho partió en dirección contraria a la de su pueblo. Mientras avanzaba, con la cantimplora firmemente sujeta a su cinturón, le parecía oír los gemidos de los árboles sobre su cabeza. ¿Sabrían que su Ninfa madre los abandonaba? Cuando llegó al linde y salió al descampado, dejando atrás el murmullo triste de las hojas, vio extenderse ante su vista la infinita planicie de piedras y arena que tendría que atravesar y el corazón se le encogió de espanto. Pero acordándose del dolor que había causado a la Ninfa y de su promesa, respiró hondo para darse fuerzas, dejó caer una gota de agua y emprendió la marcha. Detrás de él escuchó ruidos de ramas que se quebraban y de pasos que caminaban trabajosamente por la arena. Era la multitud de árboles que se había puesto a seguirlo, con sus raíces ennegrecidas y sus hojas lacias, de tan seco que era el suelo y tan caliente el aire.

Demetrio y sus gigantes marchitos caminaron

un día y una noche internándose en el desierto. El muchacho se moría de sed y tenía la lengua convertida en un ladrillo cocido. El suplicio de ir derramando agua de su cantimplora gota a gota, sin poder probar una sola, era verdaderamente atroz. Los árboles que lo seguían se ponían más mustios a cada paso y, como ya casi no quedaba agua, pensó que morirían de sequedad y que todo sería en vano.

El horizonte, adelante, no mostraba más que el desierto vacío.

—¿Es aquí, es aquí donde vamos a fundar el oasis? —le preguntaba a cada rato a la Ninfa, y apoyaba su oreja en la boca de la cantimplora para oír la respuesta.

Pero la Ninfa nunca respondía. Y el sonido del concho de agua bailando al fondo lo enloquecía de sed.

Al caer la segunda noche de viaje, afiebrado y con los pies convertidos en una miseria, Demetrio no pudo seguir andando y se tendió en la arena. Se quedó dormido, con los pobres árboles reunidos a su alrededor y apoyados unos contra otros para sostenerse. Y al día siguiente, apenas emprendió otra vez la marcha, tropezó y cayó al suelo, exhausto. A su espalda, unas

encinas ya convertidas en puras ramas secas, se derrumbaron también, muertas de sed.

Entonces, Demetrio no pudo más y se llevó las manos a la cantimplora.

Estaba a punto de beber el resto del agua cuando oyó un quejido. Tendido en el suelo, pues ya no tenía fuerzas para levantarse, giró la cabeza y vio a una niña acurrucada en la grieta de una gran roca roja. Vestía un traje blanco, como los que usan los habitantes del desierto, su cara estaba quemada por el sol y parecía desmayada. Demetrio, con un enorme esfuerzo, se puso en cuatro patas y gateó hasta ella. Se tendió a su lado y al ver sus labios agrietados y sus mejillas reseca, comprendió que ella también se estaba muriendo de sed y sin pensarlo un segundo le dio a beber las últimas gotas de agua.

Como si hubiera tomado un jugo mágico, la niña se reanimó de inmediato. Abrió unos enormes ojos oscuros y preguntó:

—¿Qué es eso? —y señaló, asustada, los grandes árboles que se bamboleaban detrás del joven.

El muchacho, moribundo de fatiga y de sed, apenas si podía hablar. Pero animado por la maravillosa mejoría de la niña y sacando fuerzas de no se sabe dónde, logró contarle en pocas pala-

bras de la Ninfa de la fuente y de la trágica expedición para traer un bosque al desierto.

—Y ahora, sin más agua, ¡ya no hay nada que hacer! —terminó diciendo, con un hilo de voz.

Al escuchar el final de la historia, una tristeza infinita invadió a la niña, y se echó a llorar desconsoladamente. Por su culpa —pensaba— no habría ya fuente y todos esos preciosos árboles morirían. Por su culpa, por haberse bebido las últimas gotas de agua de la cantimplora.

Se puso de pie sollozando y ayudó a Demetrio a incorporarse. Luego, afirmándolo por la cintura, lo hizo caminar hacia una delgada columna de humo que recién había aparecido en el horizonte.

—No desesperes —decía la niña, entre sollozos—. Por lo menos a ti te salvaré.

Avanzaron así, ella sosteniéndolo a él, vacilando bajo el sol del desierto. Pero no habían caminado cien pasos cuando tras ellos oyeron un trueno retumbar. Ambos se volvieron, y ante su sorpresa vieron que los árboles secos, en vez de quedarse a morir allí donde estaban, seguían el rastro de lágrimas que dejaba el llanto de la niña.

Y cuando llegaron hasta el campamento de los hombres del desierto con una multitud de ár-

boles a la siga, la niña continuaba llorando, pero ahora de alegría.

Una última lágrima cayó de sus ojos en la arena. Y entonces, como un milagro, fluyó una gran fuente alrededor de la cual los árboles se apresuraron en enterrar sus raíces. En la superficie del agua apareció el hermoso rostro de la Ninfa, que sonriendo dulcemente, invitó a Demetrio a beber.

Desde ese día en adelante, Demetrio recorrió los desiertos guiando a los árboles con su cantimplora llena de agua de la fuente y haciendo brotar oasis doquiera encontraba gente. Y la niña, que se llamaba Fátima, fue para siempre su fiel acompañante.



### TE CUENTO QUE JACQUELINE BALCELLS...

...es una destacada autora chilena de literatura infantil y juvenil. Comenzó a escribir a los veinticuatro años para contarles historias a sus hijas. Mientras vivía en Francia publicó **La pasa encantada**, cuento que da título a este volumen y que llegó a ser uno de los más leídos por los niños franceses. En Chile, algunas de sus obras más renombradas son **El polizón de la Santa María** y **Simón y el carro de fuego**, títulos que fueron destacados en la lista de honor de IBBY en 1990 y en 2006, respectivamente.

Además, Jacqueline ha escrito entrañables historias en dupla con Ana María Güiraldes, como **Trece casos misteriosos**, **Querido fantasma**, **Terror bajo tierra** y la serie protagonizada por Emilia, una curiosa adolescente, que da lugar a los títulos **Emilia. Intriga en Quintay**, **Emilia y la Dama Negra**, **Emilia. Cuatro enigmas de verano**, **Emilia y la aguja envenenada** y **Emilia en Chiloé**.

+ 9 años



¿Qué harías si te encontraras con un **hombre pez**, si un árbol te persiguiera, o si un día llegara a tu casa un **extraño** niño...? En este libro te encontrarás con situaciones como estas, donde lo cotidiano, de un momento a otro, se vuelve extraño y desafía los **límites de tu imaginación**.

La reconocida escritora **Jacqueline Balcells** nos muestra en estas historias cómo la magia se introduce en la vida cotidiana.



166715

ISBN: 978-956-349-858-5



9 789563 498585



FANTASÍA



AVENTURA



MISTERIO



FAMILIA